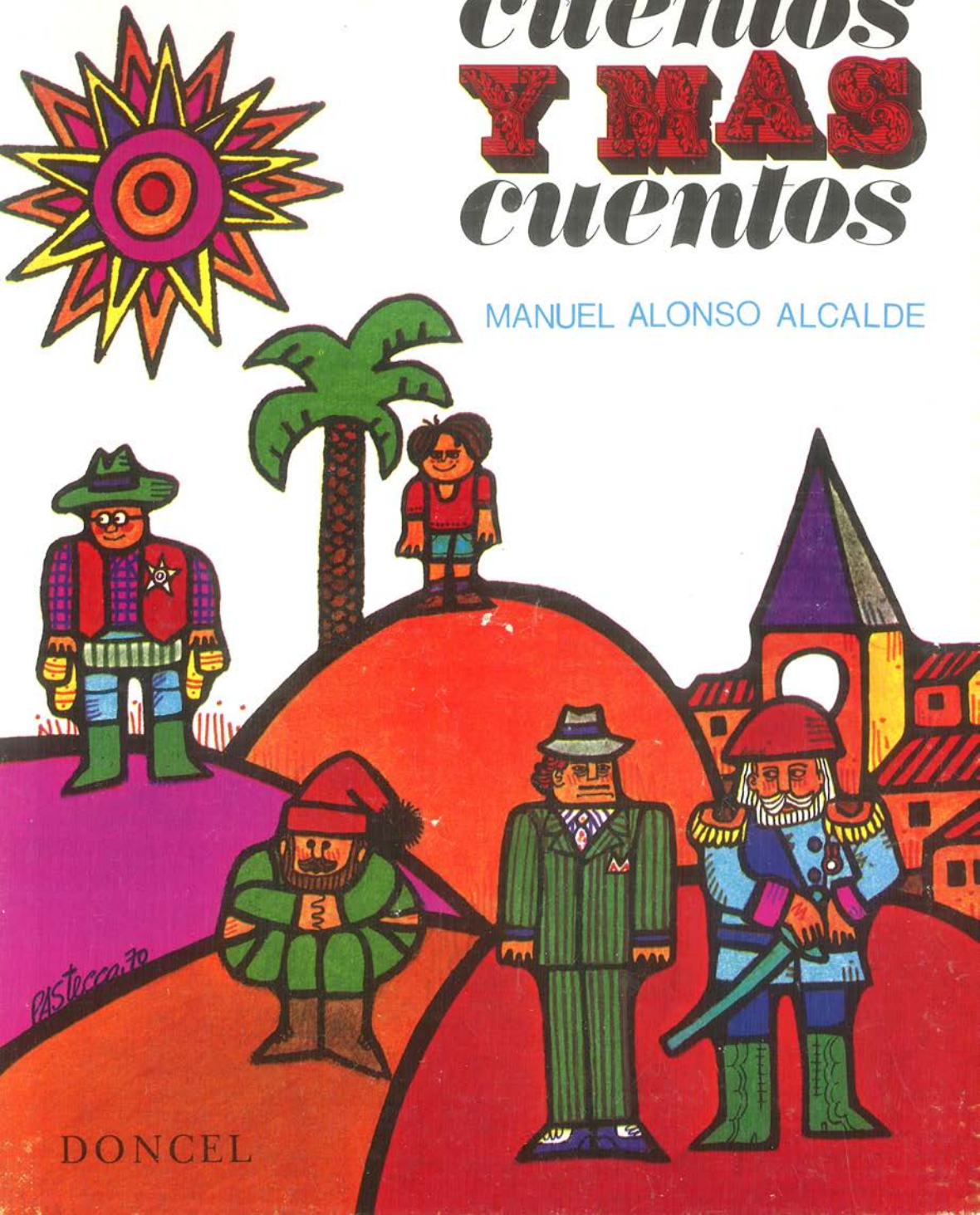
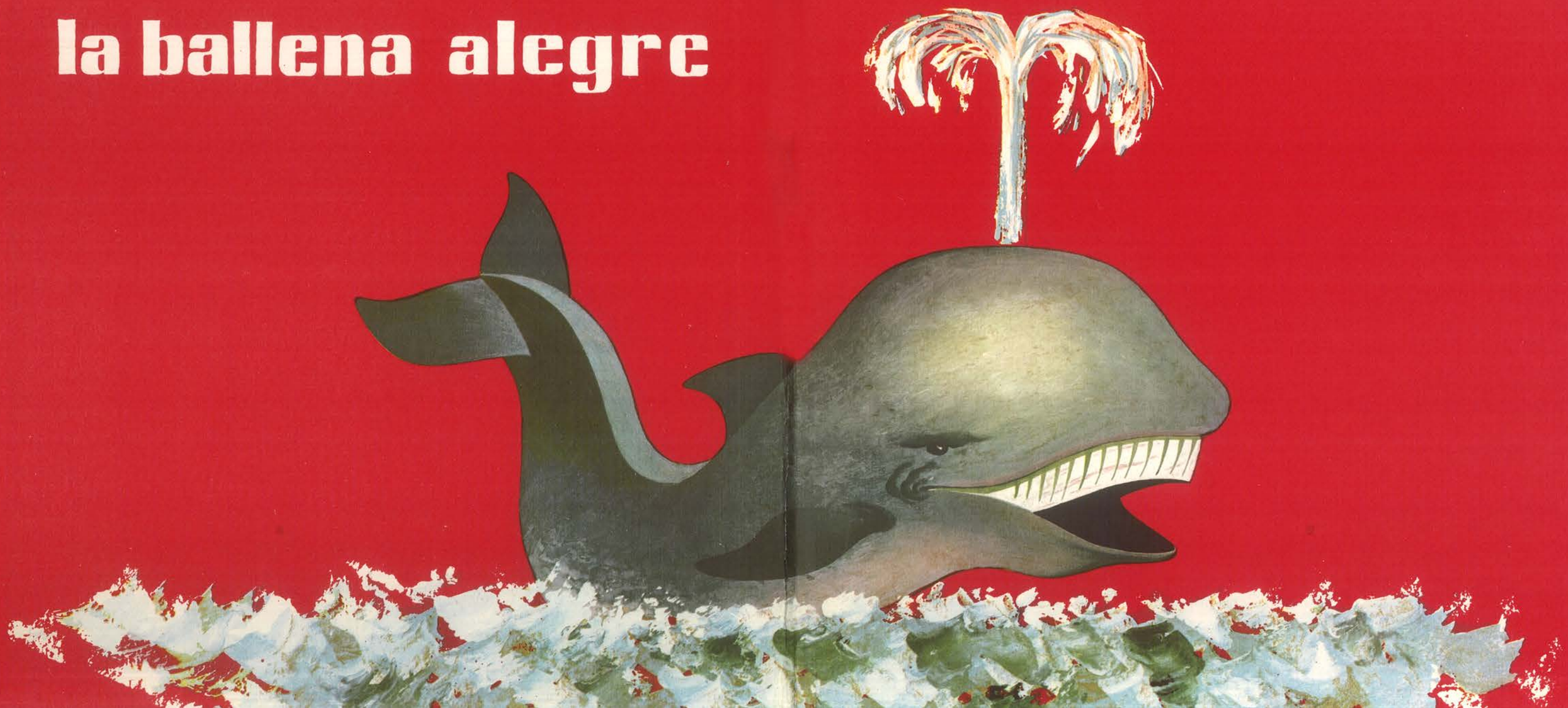
cuentos Y MAS cuentos

MANUEL ALONSO ALCALDE



DONCEL

la ballena alegre



Cuentos y más cuentos

Manuel
Alonso Alcalde

Cuentos y más cuentos

DONCEL

1.ª edición, 1970

© *Manuel Alonso Alcalde*

● *Printed in Spain.* Impreso en España.

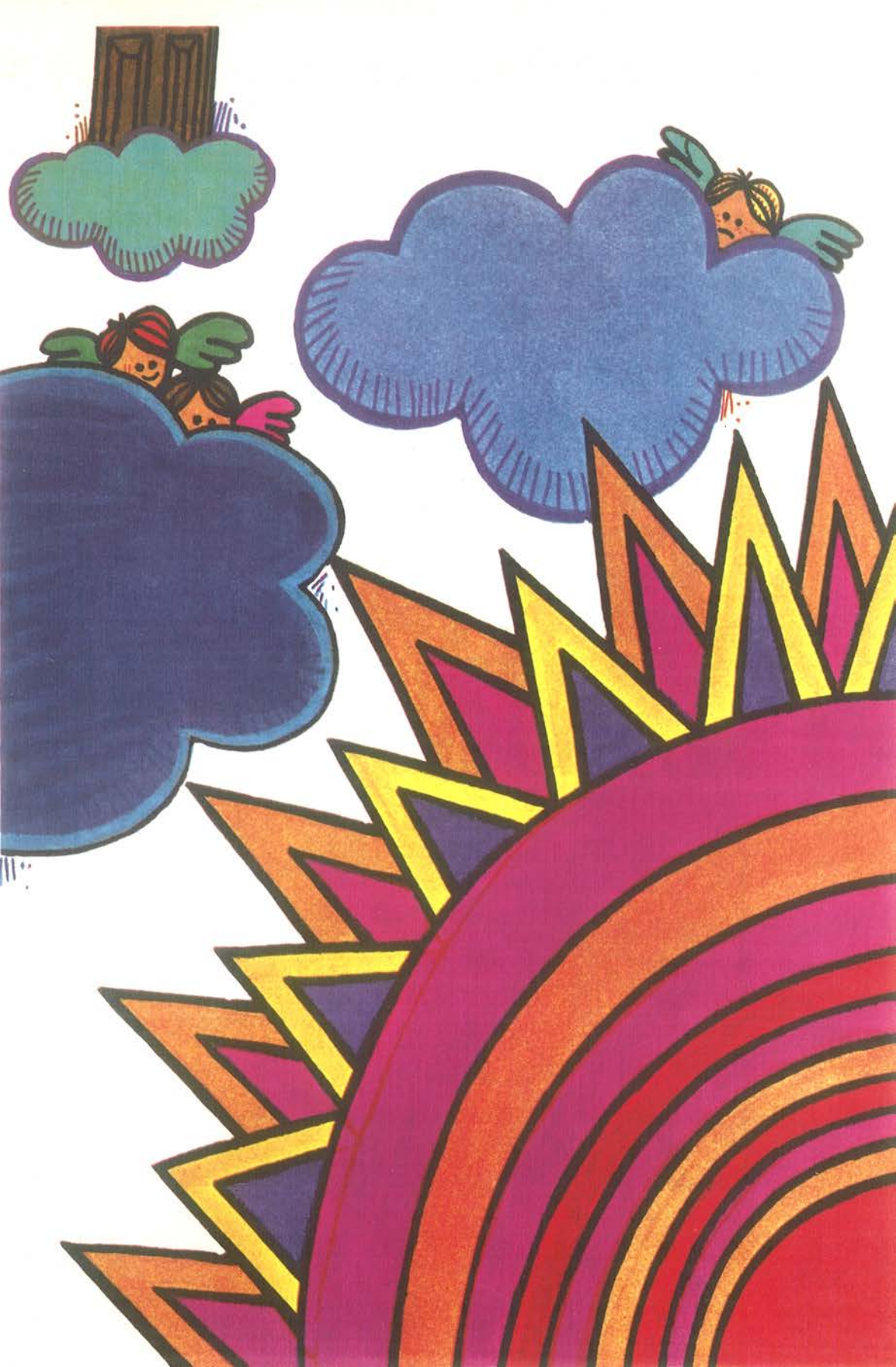
● Ilustraciones de Pastecca.

● Edita y Distribuye: DONCEL. Pérez Ayuso, 20. Madrid-2. Teléfono 415.74.00

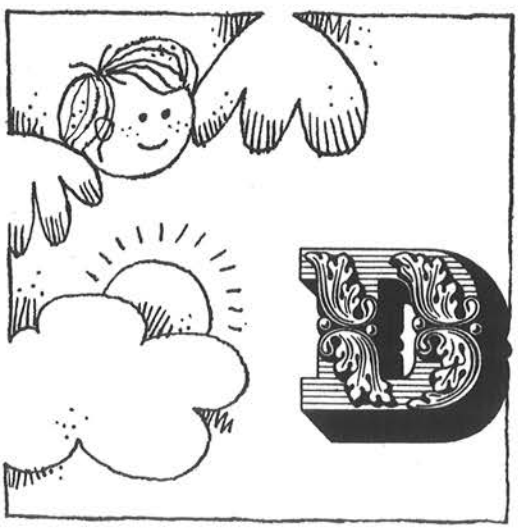
Depósito legal CS. 343 - 1970

Impreso en Litografía Armengot.
Enmedio, 21. - Castellón. 1970

A mis hijos



QUINITO,
ANGEL
CUSTODIO



DESDE pequeño observó Quinito una conducta fuera de lo corriente. A él le hubiera gustado ser un crío como los demás, desde luego que sí, y corretear y divertirse lo mismo que cualquiera; pero daba la casualidad de que Quinito constituía un caso aparte, y no por nada, sino por causa de su exagerada timidez, que había llegado a convertirse para él en una verdadera desgracia. Claro que tampoco ha existido nunca un ángel tan tímido como Quinito. Como que bastaba que alguien le dirigiese la palabra para que comenzara a azorarse, se pusiese encarnado y ya no diera pie con bola. El trataba por todos los medios de sobreponerse a estas flaquezas, pero como su carácter era más fuerte que su voluntad, tuvo que terminar, a la larga, por resignarse con su modo de ser.

— No es mía la culpa de haber nacido así — se decía.

Antes de conocerle a fondo, sus camaradas le habían aceptado como a uno más entre ellos. Pero aquella situación, que para Quinito fue la época más feliz de su vida, no se prolongó durante mucho tiempo, ya que, en cuanto sus compañeros empezaron a darse cuenta de lo aburrida que resultaba su compañía, le volvieron la espalda y le hicieron el vacío. A partir de entonces, mientras los ángeles de su edad — simples cabecitas con alas como los que se ven en los cuadros de Murillo — andaban todo el día de un lado para otro por el Cielo, Quinito se pasaba la existencia metido en un rincón, con las cejas fruncidas y la mirada perdida en el vacío, como una persona mayor, como un ángel mayor, mejor dicho, que siempre tuviera un montón de cosas importantes en qué pensar.

Los pequeños ángeles vivían en una especie de palomar. Todas las mañanas, en cuanto amanecía, salían por una tronera y se echaban a la calle, en bandadas; mientras se alejaban, Quinito les oía reír, gritar y perseguirse, hasta que, al mirar a su alrededor y comprobar que le habían dejado completamente solo, se ponía a llorar, sintiéndose infinitamente desdichado. Sin embargo, lo peor del caso, lo que le hacía sufrir de verdad, no era esto, sino su convencimiento de que aquella desgracia habría de perseguirle también en el futuro, incluso cuando hubieran pasado ya muchos años, hubiese crecido y se hubiera convertido en un ángel mayor. Porque ¿qué podía esperar él del porvenir? Conocía de sobra su propio defecto para hacerse demasiadas ilusiones sobre este punto. A lo único que podía él aspirar, andando el tiempo, pensaba, sería a convertirse en jardinero, sereno, barrendero, o cosas por el estilo, del Paraíso, pero ni soñar en llegar más lejos. Era un ángel inútil y nunca serviría para nada. Si no hubiera nacido con un temperamento tan apocado, él también habría podido permitirse el lujo de tener otras aspiraciones, como todo el mundo, pero con el carácter que poseía ¿qué brillante porvenir iba a esperarle? A la edad de Quinito, a todos los ángeles les ilusionaba la idea de ser soldados, pero él era demasiado tímido para pensar en semejante cosa. ¡Y cuidado que a Quinito le gustaba el Ejército! Cuando veía desfilar las milicias angélicas, con el Arcángel San Miguel a la cabeza, se le iban los ojos detrás de los guerreros, tan marciales, con sus corazas, sus escudos y sus blancas banderas; sólo que en cuanto se ponía a considerar

el triste papel que él haría, marcando el paso, con un arma en la mano, su entusiasmo se venía abajo enseguida. Pero, bueno, también había otras cosas, además del Ejército, en las que un ángel que no fuera Quinito podía soñar a sus años. ¿A quién no le agradaba el pensamiento de llegar con el tiempo a convertirse en un Querubín, por ejemplo?

Las conversaciones que se sostenían en el palomar giraban con frecuencia acerca de estos temas. A veces, los compañeros de Quinito — él no, por supuesto — se ponían a hacer cábalas respecto a las cosas que, a su juicio, ocurrían detrás de «La Gran Puerta», aunque al hablar de estas cuestiones, siempre lo hacían en voz baja, juntando las cabezas, como si se tratase de algo prohibido. En realidad, ninguno de ellos sabía exactamente lo que significaba «La Gran Puerta», aunque como todo el mundo pronunciaba ese nombre con tanto misterio, cuando los pequeños se atrevían a hacerlo, se sentían un poco intimidados. Por lo demás, en esta materia nadie estaba seguro de nada, y lo más que los compañeros de Quinito podían intentar, era fantasear y hacer deducciones sobre este punto, pero sin pasar nunca de ahí. Habían oído algo así como que para franquear «La Gran Puerta» había que llevar a cabo una hazaña importante, ganar una batalla como San Miguel o una cosa por el estilo, y como esto excitaba su imaginación, se entusiasmaban en inventar guerras, en las que se veían a sí mismos peleando contra imaginarios enemigos.

Quinito escuchaba a sus compañeros con la mirada triste, y en silencio, sin atreverse a participar en la conversación, porque, ¿para qué iba a hacerlo, si todos los proyectos que él pudiera trazarse para el futuro nunca llegaría a verlos realizados? ¡Tan bonito como hubiera sido, en lugar de conformarse con una colocación de barrendero o algo parecido, abrigar la esperanza de ascender con los años al grado de Querubín, un Querubín como el que entró en el palomar aquel día! Sucedió que, una tarde, los compañeros de Quinito, se presentaron trayendo una aureola de Santo. Los pequeños ángeles andaban siempre haciendo de las suyas, desde luego, pero en aquella ocasión su atrevimiento había ido mucho más lejos de todo lo que cabía imaginar, ya que habían tenido la osadía, nada menos, que de aproximarse por detrás a San Pedro, sin hacer ruido, mientras el Portero del Paraíso dormitaba, sentado en una silla, en la Por-

tería, y arrebatarle la corona sin que llegase a darse cuenta. Pero lo peor del asunto fue que no estaban arrepentidos de su hazaña, todo lo contrario, puesto que comentaban su aventura riendo a carcajadas, en medio de una algarabía formidable. Sin embargo, su alegría se convirtió en pánico, en cuanto el Querubín hizo su aparición. Como San Pedro no podía abandonar su puesto, había encomendado a aquél la tarea de investigar el caso. El Angel franqueó como una tromba la entrada, con el ceño fruncido:

— A ver, ¿dónde está esa aureola? — preguntó —, y los pequeños, incluido Quinito, enmudecieron, espantados; era la primera vez que veían un ángel de esa categoría, y la impresión les había cortado el aliento. El Querubín iba vestido con una túnica luminosa y lucía dos alas cuyos extremos tocaban al suelo, y todo él irradiaba majestad y esplendor:

— ¿Dónde?

Durante unos instantes los pequeños revolotearon por el recinto, desorientados, hasta que, por último, fueron a reunirse en un rincón, en el que se amontonaron, apretándose unos contra otros, igual que una nidada de polluelos, mientras en el suelo, sobre un montón de plumas, quedaba abandonado el círculo luminoso de la aureola. El Querubín la recogió en silencio; dirigió una amenazadora mirada a los pequeños, que se estremecieron de nuevo, y desapareció; sólo que, en cuanto volvió la espalda, asomó a sus labios la sonrisa que había estado conteniendo todo el tiempo.

Entre los compañeros de Quinito había uno que presumía de saber más que los demás acerca del asunto que tanto les preocupaba a todos, «La Gran Puerta». Era el único, por supuesto, que había conseguido acercarse a ella; más aún; el único que había tenido la oportunidad, aprovechando un descuido de los centinelas, de aplicar el ojo a la cerradura y observar lo que pasaba en la otra parte. Acaso lo que relataba no respondía exactamente a la realidad de lo que había visto, puesto que cada vez que contaba la historia lo efectuaba de un modo diferente, pero, desde luego, merecía la pena escucharle, aunque no fuera más que por el entusiasmo que ponía en el relato. Decía que lo que sobre todo le había impresionado, era la cantidad de luz que había allí dentro, tanta, que apenas se podía sostener la mirada. El, sin embargo, había procurado dominarse, con el fin de averiguar lo que sucedía al otro lado de la Puerta,

Lo que él había observado era una inmensa sala, llena de ángeles mayores, con aspecto mucho más imponente que el de los soldados que ellos veían pasar en los desfiles. En una palabra: eran idénticos al Querubín del palomar, el ser más extraordinario que ellos habían conocido hasta entonces, aunque, sin el gesto malhumorado de éste. Los ángeles que había detrás de «La Gran Puerta» aparecían colocados en hileras, hincados de rodillas, con las manos juntas, las alas plegadas y cantando, los ojos dirigidos hacia lo alto y el rostro iluminado, pero con mayor intensidad todavía que cuando a uno le da el sol de lleno en la cara.

— Qué lástima — se decía Quinito al oír estas cosas —. Le apenaba, en efecto, verse obligado a reconocer el hecho de que él nunca llegaría a atravesar la misteriosa Puerta; pero ¿qué remedio quedaba? Porque si, para poder conseguirlo, le exigían a uno, como primera condición, según decían, que realizase alguna hazaña, ¿qué clase de proeza iba él a llevar a cabo con lo encogido y pusilánime que era?

QUINITO y sus compañeros fueron creciendo paulatinamente, como les ocurre a los niños, y un buen día se encontraron de pronto convertidos en muchachos, y unos años después transformados en jóvenes. Entonces, se vistieron por primera vez la túnica azul y las sandalias. Las alitas que llevaban desde pequeños se les habían ido desplumando, hasta que se les desprendieron definitivamente, como sucede con los primeros dientes, aunque enseguida vinieron a sustituirlas un par de grandes alas, consistentes y sedosas, que ellos se complacían en agitar continuamente, con un rumor parecido al que producen los cisnes cuando baten las suyas.

Quinito había cambiado mucho de aspecto, pero no de carácter, ya que seguía tan retraído y vergonzoso como al principio; en cambio, sus compañeros no parecían ya los mismos; viéndoles ahora tan juiciosos, costaba trabajo reconocer en ellos a la bulliciosa bandada de antaño. Por fin, llegó el momento más importante de sus vidas, el de su alistamiento, que todos, con la única excepción de Quinito, aguardaban con impaciencia. Nada menos que cinco millones y medio de jóvenes se agruparon aquella mañana ante la tribuna de los

Grandes Arcángeles. San Gabriel leía los nombres consignados en una lista que tenía en la mano, y, a medida que los recitaba, iba anunciando a cada uno la misión que había de ejercer en el futuro: «Fulano, destinado al Ejército; Mengano, a la Banda de Música del Paraíso; Zutano, al Negociado de Partes y Comunicaciones...»

Quinito, con el corazón encogido, esperaba el instante de oír su propio nombre. No se hacía ilusiones al respecto, pero le gustaba enterarse, de una vez para siempre, de lo que le reservaba su destino. «Quinito, mangarriega; Quinito, guardacalles; Quinito, vigilante nocturno», pensaba. Cuando, por fin, se oyó nombrar y todas las miradas se volvieron hacia él, sintió que se ruborizaba hasta las orejas.

— Quinito...

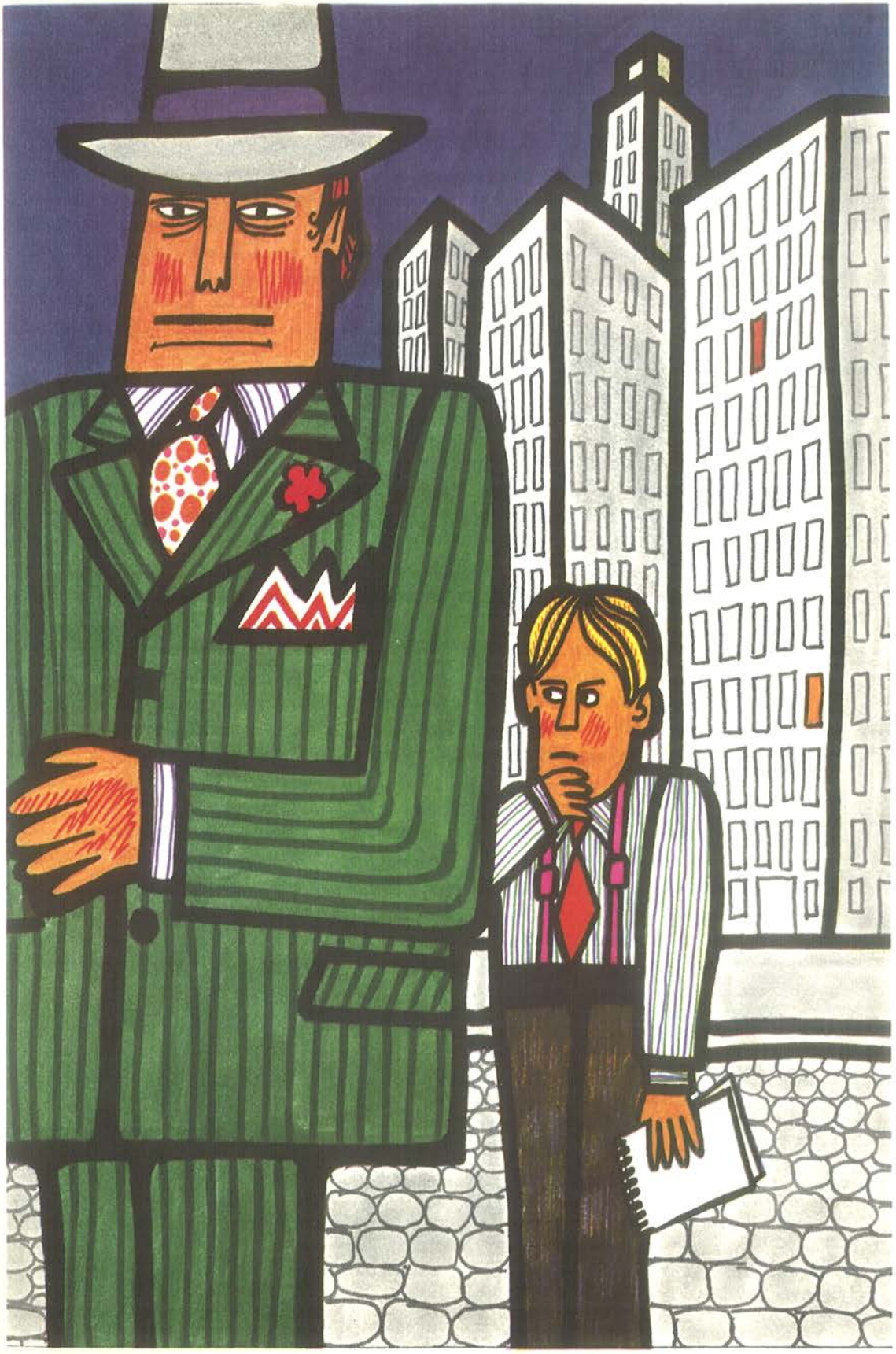
San Gabriel tenía la voz muy clara, muy dulce, como si la hubiesen fabricado con violines; por eso le había elegido el Señor en su tiempo como mensajero de la Encarnación. Así que por todo el Cielo se oyeron perfectamente sus palabras:

— Quinito, Angel Custodio...

No. San Rafael, que era el maestro de los futuros Angeles Guardianes, no estaba satisfecho, ni mucho menos, de la conducta de Quinito. No porque fuese torpe, que no hay ángeles torpes, sino porque en toda su vida había conocido un alumno tan tímido como él.

— Como no cambies, no sé qué va a ser de ti el día que bajes a la Tierra — decía.

Nada, desde luego. ¿Qué podía conseguir Quinito en el mundo? Su única esperanza era que el ser humano que le tocase en suerte fuera una persona bondadosa, un niño a ser posible, cuya tutela no ofreciese demasiadas dificultades. ¡Vamos, que ocurrírsele a alguien la idea de designarle a él para un oficio tan complicado! Luego, si las cosas salían mal, como tenían que salir, ¿a quién le echarían la culpa? Pues a Quinito. Que no había derecho, vaya. Pero que él estuviese convencido de que no servía para el oficio



que le habían asignado, no quería decir que no pusiera el mayor empeño en prepararse lo mejor que pudiera para llevar a cabo su cometido. Nadie tenía tantos deseos de aprender ni atendía como él en la clase.

En el aula de la escuela, colgados de la pared, había varios cartelones, que figuraban hombres y mujeres, y, por supuesto, niños, en trance de perecer ahogados, o quemados, o en situaciones parecidas. San Rafael cogía el puntero y señalaba:

— Ved. Esto es un automóvil. Las aceras, fijaos bien, son para los peatones. Cuando un hombre atraviesa la calle distraído, corre el peligro de ser atropellado. Vuestra misión, en estos casos, consiste...

A la figura del Diablo se le dedicaba una lección entera, puesto que, en realidad, iba a constituir el principal escollo de los jóvenes ángeles, su mortal enemigo. San Rafael no escatimaba medios para que éstos aprendieran a conocerle y derrotarle, porque los ardides del Demonio eran tantos que todas las precauciones resultaban pocas al respecto. Por eso, con objeto de que sus alumnos no se llamasen más tarde a engaño, el maestro acostumbraba a cargar las tintas sobre este punto, utilizando, incluso, una serie de vistas que proyectaba sobre la pared, con una linterna mágica. Sin embargo, era tanto el horror que la imagen del Diablo producía a Quinito, que, a veces, éste se ponía a gritar, cubriéndose el rostro con las alas, hasta el extremo de que el Arcángel tuvo que interrumpir la clase en más de una ocasión. Preguntaba:

— ¿Y cómo te las vas a arreglar cuando te lo encuentres de veras, si te asustas ahora tanto?

Quinito no sabía cómo llegaría a arreglárselas, aunque, para tranquilizarse, se decía que, con un poco de suerte, todo saldría bien, Todo dependía de la persona que le tocase.

Un día, San Rafael se presentó en la escuela, anunciando:

— Bueno, muchachos. El curso se ha acabado. Ya sois Angeles Guardianes Titulados. Mañana mismo, algunos de vosotros saldréis ya para la Tierra, donde acaban de nacer dos mil trescientos niños. Espero que sabréis cumplir con vuestra obligación.

Al oír estas palabras, los alumnos prorrumpieron en vivas, aplausos y exclamaciones de alegría; el único que permaneció en silencio, con la barbilla sobre los puños, rumiando la noticia, fue Quinito.

CUANDO Quinito llegó con su boleto ante la casa que le habían señalado, un edificio oscuro, al fondo de un sucio callejón, con las paredes cubiertas de letreros y dibujos, se sonrojó. El paisaje que contemplaba resultaba tan diferente al que él estaba acostumbrado a ver desde su infancia, que, por lo pronto, se sintió más solo que nunca, mucho más, inclusive, que cuando sus compañeros le abandonaban en el palomar. En la calle había un montón de niños, medio descalzos, que corrían y gritaban horriblemente, y Quinito se acobardó un poco, al verlos, ya que no se parecían en nada a las criaturas, sonrosadas y limpias, que se representaban en las litografías de la escuela. Al fin, haciendo de tripas corazón, se decidió a entrar en la vivienda. Aquella iba a ser su casa, durante Dios sabía cuántos años, y, la verdad, a primera vista, no parecía demasiado agradable. Olía a verduras cocidas, las paredes estaban desconchadas y los muebles muy viejos. En fin, qué remedio quedaba, se dijo Quinito, mientras consultaba su boleto de nuevo, para cerciorarse de que no se había equivocado de dirección:

— John Smith. Marckwel, 17. Chicago.

¿Cómo sería John? ¿Un hombre hecho y derecho? ¡Qué va! ¡Era un niño! En aquel mismo instante, Quinito acababa de oír en el interior de la casa, el llanto de una criatura, y su corazón se puso a latir precipitadamente, con alegría, sintiéndose feliz. ¡Un niño! Justamente lo que él deseaba. No se le había ocurrido pensar, tan inocente era, que los hombres empiezan por ser niños. Entró en la habitación. El pequeño John, de Chicago, chillaba y braceaba dentro de la cuna; allí no se veía Diablo alguno. Mejor que mejor. Las cosas se presentaban estupendamente bien para Quinito. No podía negar que había tenido mucha suerte, se dijo. Luego, se aproximó de puntillas a la criatura, se sentó en el borde de la cama que había en el cuarto, y comenzó a mecer la cuna, y el niño dejó de llorar y se durmió enseguida.

Pero aquella primera felicidad duró poco tiempo. A los cinco años, John corría ya descalzo por el callejón, y a los seis, andaba libremente por el barrio, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. A los ocho, saltó la primera tapia, y a los nueve le abrieron por primera vez la cabeza, de una pedrada. Su Angel Custodio no vivía para sustos. Chicago era una ciudad terriblemente grande,

llena de trenes y automóviles, donde la existencia de John estaba amenazada de continuo. ¡Quinito, que lo único que pedía, en sus tiempos de escolar, era que le tocase en suerte un niño! A los catorce años John era ya jefe de una pandilla de muchachos. Se había convertido en un chico pecoso y violento, con la boca grande, como un sapo, que siempre andaba a puñetazos. Había cambiado su nombre por un mote. Ahora le llamaban «la Rana», por la forma de sus labios; no obstante, el Demonio no había hecho su aparición todavía, y esto le hacía pensar a Quinito que su protegido podía tener toda la cabeza de chorlito que se quisiera, pero que no era un mal muchacho, en el fondo.

Cuando contaba dieciséis años, «la Rana» citó una tarde a sus amigos, que eran seis, en un desmonte que había en el barrio.

— Esta noche — propuso — vamos a dar un golpe.

Quinito creyó, al pronto, que se trataba de una nueva pelea.

— Vaya, otra vez en danza — se dijo. Pero luego, a lo largo de la conversación, descubrió que lo que John estaba planeando era un robo. Entonces, el Angel enrojeció hasta las orejas, y como no sabía cómo hacer desistir a John de sus propósitos, se acercó con timidez a éste y suplicó con voz llorosa, junto a su oído:

— ¡No lo hagas, John, no lo hagas!

Pero Quinito era invisible, y «la Rana», claro, no pudo escuchar sus palabras.

Aquella noche, John y dos de sus compinches, se introdujeron, saltando por una ventana, en un almacén de neumáticos de coche, mientras los otros cuatro se quedaban en la calle, aguardando, y Quinito con ellos. Cuando aparecieron de nuevo, cargados de ruedas, y echaron a andar a paso rápido, el Angel Custodio hizo el recuento de los componentes del grupo. Ahora ya no iban siete, sino ocho, y, sin embargo, él estaba seguro de que antes de entrar en el garaje no eran más que seis, además de «la Rana». Una espantosa idea cruzó por la imaginación de Quinito, y su corazón le dio un vuelco. Comprobó la suma otra vez. No cabía duda: ocho. Y entonces comprendió, de repente, mientras le parecía como si el mundo se le viniera abajo, que el Demonio marchaba también en su compañía.

Quinito se había resistido hasta entonces a utilizar el cuaderno que les habían entregado en la escuela. La libreta estaba destinada a anotar las buenas y las malas acciones de su protegido. Hasta

aquel momento, Quinito había procurado no utilizarlo, ya que, aunque John no había realizado todavía ninguna buena obra, con un poco de manga ancha se podía disculpar su conducta. Pero, ahora, la cosa no tenía remedio. Lo sucedido era demasiado gordo para que el Angel de la Guarda lo pasase por alto. De forma que, al llegar a casa, Quinito abrió el cuaderno y consignó en la primera página: «Robo de neumáticos», y, mientras escribía, rodaron por su rostro dos lágrimas, que se aplastaron contra el papel.

HABIA que convencerse de que «la Rana» era un caso perdido. Se había convertido en un golfo, y no parecía que estuviese dispuesto a cambiar. No sólo se negaba a aprender un oficio, sino que se pasaba el día metido en los billares o jugando a las cartas, sin apartar un momento el cigarrillo de los labios. Le gustaba pelearse, y la emprendía a golpes con quien fuera por el menor motivo. Con estas cosas, Quinito vivía de sobresalto en sobresalto. Había tomado cariño al muchacho, y le apenaba verle, casi continuamente, con un ojo amoratado o sangrando por la nariz.

— ¡Que esto me ocurra a mí! — se decía.

Pero eso no fue más que el principio, ya que con el tiempo empeoraron las cosas. A los veinte años, John se había hecho prácticamente el dueño del barrio, y Quinito, que nunca se separaba de él, se asombraba viendo cómo le obedecían todos los muchachos de su edad. Pero aún le quedaba a Quinito mucho de qué asombrarse. Un día John se compró una pistola. En realidad, ni siquiera se le había pasado por la imaginación la idea de utilizarla; su único propósito, al adquirir el arma, fue enseñársela a sus amigos y presumir con ella. Aquella noche, sin embargo, antes de meterse en la cama, John cogió la pistola y empezó a contemplarla, mientras la hacía girar entre sus manos.

— ¡Bonita de verdad! — exclamó.

Y entonces, precisamente entonces, el Angel sintió un escalofrío por la espalda. Acababa de darse cuenta de que había otra persona, además de ellos, en el cuarto. Quinito casi estaba seguro de quién se trataba. Hasta entonces sólo había visto al Demonio un par de

veces, aunque siempre fugazmente, a distancia, pero en aquel momento sabía que lo tenía allí, detras de él. Y, por si todavía lo dudaba, oyó que «la Rana» se decía a sí mismo:

— No estaría mal dar un atraco. — Y un segundo más tarde —: Se podría intentar.

Quinito tuvo que realizar un gran esfuerzo de voluntad para volver el rostro, aunque, al hacerlo, retrocedió espantado. La imagen del Diablo que les habían enseñado en la escuela, era nada, si se la comparaba con la que aquél ofrecía realmente. El Demonio que habían enviado para tentar a John, era feo y huesudo, con los cuernos retorcidos, en forma de caracol, y el rabo con una borla en la punta parecida a una brocha de afeitar. Al darse cuenta de que Quinito le estaba observando, clavó a su vez los ojos en él, y, como era extraordinariamente astuto, le bastó con aquella mirada para cerciorarse de que el Angel con el que se había de enfrentar, además de ser un novato, era un cobardón, y, por lo mismo, con la larga experiencia que él tenía en la materia, le podría meter en cintura con la mayor facilidad. Para comprobar hasta qué punto sería capaz de amedrentarle, el Diablo hizo ademán de abalanzarse hacia Quinito, enseñándole los colmillos y gritando «buuu» con la boca, y cuando observó que el Angel echaba a correr, asustado, por la habitación, como un niño, comprendió que tenía ganada la partida. Sin embargo, Quinito se repuso al instante; al ver que el Diablo se había puesto a hablar a John al oído, no se le ocurrió otra cosa, para apartarle de él, que coger a «la Rana» por un brazo y empezar a tirar. Pero ya era tarde; la tentación había producido ya su efecto. Aquella misma noche, John se apostó en una esquina, con el sombrero calado hasta los ojos, el cuello de la gabardina levantado y la pistola en el bolsillo. Cuando pasó el primer transeúnte, John le apuntó con el arma y, mientras el hombre entregaba su cartera a «la Rana», Quinito extrajo lentamente su cuaderno y escribió en la segunda página: «Atraco». Y se echó a llorar otra vez.

Poco a poco, el cuaderno de Quinito se fue cubriendo de notas. Todos los días hablaban los periódicos de las hazañas de «la Rana», que, en poco tiempo, se había transformado en el gangster más peligroso de Chicago, a quien la Policía buscaba sin descanso. Quinito estaba triste. Por más esfuerzos que hacía, no lograba convencer a «la Rana» de que cambiase de conducta. En cambio, el Demonio

lo consideraba ya tan suyo que ni siquiera se molestaba en tentarle, hasta el punto de que se pasaba el día aburrido, paseando por las calles sin hacer nada. ¿Que John se negaba a escucharle? Pues, bueno, ya se las arreglaría él para que lo hiciese. Y, pensado y hecho, una mañana cogió su mochila, se puso en camino y se plantó en el Cielo.

Durante el viaje, Quinito había preparado su discurso a conciencia; sólo que cuando llegó el momento de soltarlo, apenas acertó a balbucear unas cuantas palabras, porque San Rafael le imponía demasiado respeto. Al final, sin embargo, entre tartamudeos y sonrojos, vino a dar a entender que su intención era convertirse en un ser de carne y hueso como John, para no permanecer invisible como hasta entonces, y poder charlar mano a mano con el gangster. Quizá, a fuerza de sermones, lograría ablandarle, dijo, porque lo que estaba visto era que con el procedimiento que había seguido hasta aquel instante, no conseguiría nada.

El Arcángel movió la cabeza, entristecido.

— Pero ¿no te das cuenta de que si te conviertes en un ser humano tendrías que morir algún día? Ningún hombre escapa de la muerte.

La idea no resultaba demasiado agradable, pero como Quinito estaba dispuesto, a toda costa, a llevar adelante sus propósitos, repuso, haciendo de tripas corazón:

— No importa. ¡Moriré!

Y en aquel mismo instante, quedó aceptado su deseo.

Dijo San Rafael:

— Pásate por la enfermería. Lo primero que tienes que hacer es cortarte las alas.

El Angel entró en el quirófano. Fue una cosa bien triste ver cómo le despojaban de sus alas, que quedaron abandonadas en el suelo. Al salir de la sala de operaciones, llevaba en los omóplatos dos esparadrapos en forma de cruz, pero, en cambio, su corazón saltaba de gozo. Canturreando alegremente, se trasladó al almacén, donde le entregaron un traje de hombre, con el cual se vistió, emprendiendo seguidamente el camino de regreso a la Tierra, ya que se encontraba demasiado impaciente para demorar por más tiempo su vuelta. San Rafael salió a despedirle hasta la Portería del Cielo.

— ¡Buena suerte! — gritó, con la voz empañada por la emoción, mientras se le humedecían los ojos.

HACIA muchos años que el gángster había dejado de vivir en la miserable casucha donde Quinito lo encontró por primera vez. Ahora habitaba, como los potentados, en un hermoso chalet de dos plantas, rodeado de jardines, piscinas, campos de tenis y senderos. Tenía varios coches, a prueba de balas, y un montón de vigilantes y guardaespaldas que se encargaban de protegerle. Por eso, en cuanto el Angel hizo sonar la campanilla en la verja de la entrada, enseguida salió a recibirle uno de los miembros de la banda, quien escrutó a Quinito de alto a abajo, con mucho recelo, mientras introducía la mano en el bolsillo, dispuesto a sacar el revólver a la más ligera sospecha.

— ¿Qué se te ofrece? — preguntó, por fin.

A Quinito se le subió el pavo, como de costumbre.

— Quisiera ver al Jefe — balbuceó.

— ¿Para qué?

Repuso Quinito, lleno de inocencia:

— Soy su Angel Custodio.

El vigilante le miró con el ceño fruncido.

— Conque un angelito ¿eh? ¡Levanta esas manos!

Quinito alzó los brazos y se dejó cachear..

— ¿No llevas algún arma escondida?

— No.

El vigilante pareció dudar unos instantes, porque se encontraba habituado a desconfiar de todo el mundo.

— Bueno, pasa — decidió, por último, mientras echaba a andar detrás de Quinito, por el sendero que conducía hacia la casa. Llegaron al chalet, subieron por una escalera, cruzaron unas habitaciones y, al final, se detuvieron delante de una puerta, que correspondía al despacho de John. El vigilante llamó con los nudillos.

— Adelante — gritó desde dentro «la Rana», y el otro empujó la puerta, pero sin perder de vista a Quinito.

El Jefe se encontraba sentado en un sillón, con el sombrero puesto y un puro en la boca.

— ¿Qué pasa? — preguntó.

Contestó el vigilante:

— Aquí hay un tipo que pregunta por ti.

«La Rana» volvió con indiferencia los ojos hacia Quinito. «No me ha conocido», pensó éste.

— ¿Qué es lo que quieres? — interrogó John.

Quinito se dio a conocer por segunda vez:

— Soy tu Angel Guardián.

Como daba la casualidad de que los gángsters llamaban «ángeles guardianes» a sus guardaespaldas, «la Rana» creyó que lo que Quinito pretendía era ingresar también en la cuadrilla.

— A ver, acércate — dijo, y Quinito adelantó unos pasos, con las mejillas encarnadas.

— ¿Sabes manejar una pistola?

¿Cómo no iba a saberlo, si los ángeles son infinitamente más inteligentes que los seres humanos?

— Sí.

— ¿Y cómo andas de puños?

Quinito se encogió de hombros, porque hasta aquel momento no se le había ocurrido pensar en semejante cosa. John le palpó los bíceps.

— No está mal. ¿Sabes que eres un fulano bastante fuerte? — dijo —. ¿Y cuánto quieres ganar, vamos a ver?

Repuso el Angel:

— ¿Yo? Nada.

«La Rana» prorrumpió en una carcajada. Era la primera vez que le ocurría una cosa semejante.

— ¡Hombre! ¡Esto sí que está bueno! ¿De modo que estás dispuesto a jugarte por mí la cara sin cobrar una gorda? Pues, de acuerdo. Cada uno tiene sus caprichos. Contratado.

Así fue como Quinito ingresó en la banda de John. Al fin y al cabo, pensó éste, con el género de vida que él llevaba, todos los guardaespaldas que tuviera, siempre serían pocos, ya que lo que a un gángster como él le sobraban eran enemigos, dispuestos a pegarle un tiro en cuanto se les presentase la ocasión. Por eso le gustaba tener a su alrededor el mayor número posible de personas, que se encargasen de garantizar su seguridad; y si dichas personas se ofrecían a trabajar gratis, como Quinito, mejor que mejor.

A partir de aquel día, aprovechando la circunstancia de vivir junto al gángster, el Angel se dedicó de lleno a la tarea de convencer a éste de la necesidad de cambiar de vida. Iba siempre pegado a él, como una sombra, y en cuanto se quedaban los dos solos, se ponía a sermonearle.

— ¿Por qué no te arrepientes de una vez? — le decía —. Si sigues así, vas a terminar de patitas en el Infierno.

Pero John tenía el corazón demasiado duro para conmoverse así como así. A quien, como él, hubiera sido capaz de meterle un balazo por la espalda a su mejor amigo, sin pestañear, las palabras de Quinito no podían hacerle mucha mella.

— Déjame en paz con tus monsergas, ¿quieres? — gritaba; pero el Angel, que no estaba dispuesto a darse por vencido, no hacía caso, y seguía insistiendo.

El cuaderno de Quinito estaba ya tan cubierto de notas, que apenas cabía en él una línea más. Algunas veces el Jefe le sorprendió mientras apuntaba.

— ¿Qué escribes ahí?

Quinito se ponía colorado y replicaba:

— Nada de particular. Son asuntos míos.

Con estas cosas, John había llegado a acostumbrarse a la compañía de Quinito, que estaba continuamente a su lado, incluso por las noches, ya que dormía en una butaca delante de la puerta de su cuarto.

— ¡Vaya tipo raro! — comentaba «la Rana» —. Aunque hay que reconocer, desde luego, que no he tenido en la vida otro guardaespaldas tan fiel.

Las cosas, sin embargo, empezaron a ponerse mal para John. La Policía le seguía de cerca. Cada atraco, cada nuevo robo en un Banco, ponía en conmoción a toda la ciudad, hasta el punto de que los periódicos pedían a gritos la cabeza del gángster. Decía tímidamente Quinito:

— Aún estás a tiempo. Si te lo propusieras, todavía podías cambiar.

Pero «la Rana» ni siquiera le escuchaba.

Un día, de repente, empezaron a zumbar en la calle las sirenas de la Policía. Cuando John se dio cuenta de que se detenían bajo la ventana de su despacho, preguntó, alarmado:

— ¿Qué es lo que ocurre?

Ocurría que estaban cercados, que la cosa no tenía remedio, que ya no podrían escapar. Dijo Quinito:

— Venga. Arrepiéntete de una vez. Basta con un momento, Dices: «¡Hay que ver la vida que he llevado! ¡Menuda clase de pájaro he sido!», y ya está.

«La Rana», sin embargo, en lugar de hacer caso, empezó a cargar su revólver.

Desde la calle, llegó una voz potente, conminando:

— John, te hemos rodeado. No tienes salida. Ríndete.

Mas el gángster, que no se sentía dispuesto a entregarse, abrió, por toda respuesta, la ventana y empezó a disparar hacia la calle. Un segundo después entraba en el despacho una lluvia de balas. Quinito, sintió la tentación de esconderse pero se sobrepuso enseguida; «la Rana» corría peligro, y no era cosa de ponerse a claudicar a última hora. Suplicó, acercándose a John:

— No sigas, por favor. ¡Vas a matar a alguien!

Pero aquél continuó disparando. Entonces, justamente entonces, fue cuando Quinito vio al Demonio, sentado tranquilamente en el hueco de la ventana. Hacía lo menos quince años que no le había vuelto a echar la vista encima, porque de sobra sabía el Diablo, con las hazañas que John había llevado a cabo, que era como si tuviera ya a éste metido en el bolsillo. ¿Para qué trabajar en balde? Con personarse a recoger su alma en el momento de la muerte, había más que suficiente.

«¡En el momento de la muerte!», pensó, aterrado, el Angel, sintiendo que su corazón daba un vuelco. ¿Sería por eso por lo que el Demonio se presentaba allí? Probablemente, porque por el modo cómo había apoyado la nuca en el marco, riendo, daba la impresión de que, en efecto, se encontraba muy seguro de sí mismo. No obstante, para comprobarlo, Quinito se asomó a la calle. Claro. No se había equivocado. Aquel guardia que afinaba ahora la puntería dirigiendo el arma contra la ventana, era, sin duda, el encargado de terminar con «la Rana» y el Diablo, que no ignoraba esto, acudía en el momento preciso para llevárselo consigo, pero sin tomarse siquiera la molestia de tentarle por última vez, tan convencido estaba de que no había ya quien le salvara del Infierno.

— ¡Ah, no! ¡Pues lo que es por esta vez te equivocas, amigo! — dijo el Angel, mientras se abalanzaba rápidamente sobre John, para cubrir con su propio cuerpo al del gángster; pero tan oportunamente lo hizo, que la bala que iba destinada a «la Rana» fue a atravesar el corazón de Quinito.

Cuando John se dio cuenta de que su guardaespaldas se desplo-

maba, muerto, al suelo, dejó de disparar, abrió mucho los ojos y exclamó con voz ronca:

— ¡Se ha dejado matar por mí! Pero ¿por qué? Yo soy un mal bicho, ¿a qué tenía él que dar su vida a cambio de la mía?

Y, entonces, ocurrió lo imprevisto. El gángster se hincó de rodillas junto al cadáver de Quinito, cogió las manos de éste entre las suyas, y rompió a llorar, como hacía muchos, muchísimos años que no lloraba. Mientras, el viento que entraba de la calle, empezó a remover las hojas del cuaderno del Angel, que se había venido al suelo con la caída; únicamente que todas las páginas estaban ahora en blanco.

QUINITO se encontró, de repente, sin saber cómo, de pie, ante «La Gran Puerta», que contemplaba, sobrecogido, pensando que, desde luego, resultaba imponente, mucho más imponente todavía de lo que contaba su compañero en el palomar. Claro que, pensándolo bien, se dijo, y aunque le hubiera gustado aprovechar la ocasión para aplicar el ojo a la cerradura y enterarse de una vez por sí mismo de lo que pudiera ocurrir al otro lado, comprendía que no tenía derecho a hacerlo; recordaba que para atravesar «La Gran Puerta» había que haber realizado alguna acción importante, ganar una batalla, como hizo San Miguel contra los Angeles de las Tinieblas o una cosa por el estilo. Pero él, Quinito, ¿qué podía apuntarse a su favor, si ni siquiera había sido capaz de meter en cintura a un pistolero? ¿Cómo iba él a pensar en entrar allí dentro? Lo mejor sería que se quitara del medio cuanto antes, porque si los centinelas llegaban a descubrirle, le echarían a patadas de aquel lugar.

— Y harían bien, qué caramba. No merezco otro trato. Soy un desastre, un fracasado, y no tengo remedio.

Y ya iba a volver la espalda con las orejas gachas, pensando con tristeza en estas cosas, cuando, de pronto, se abrieron de par en par las hojas de la Puerta, y Quinito se vio, más tímido y azorado que nunca, en medio del umbral sin tener a mano una mala

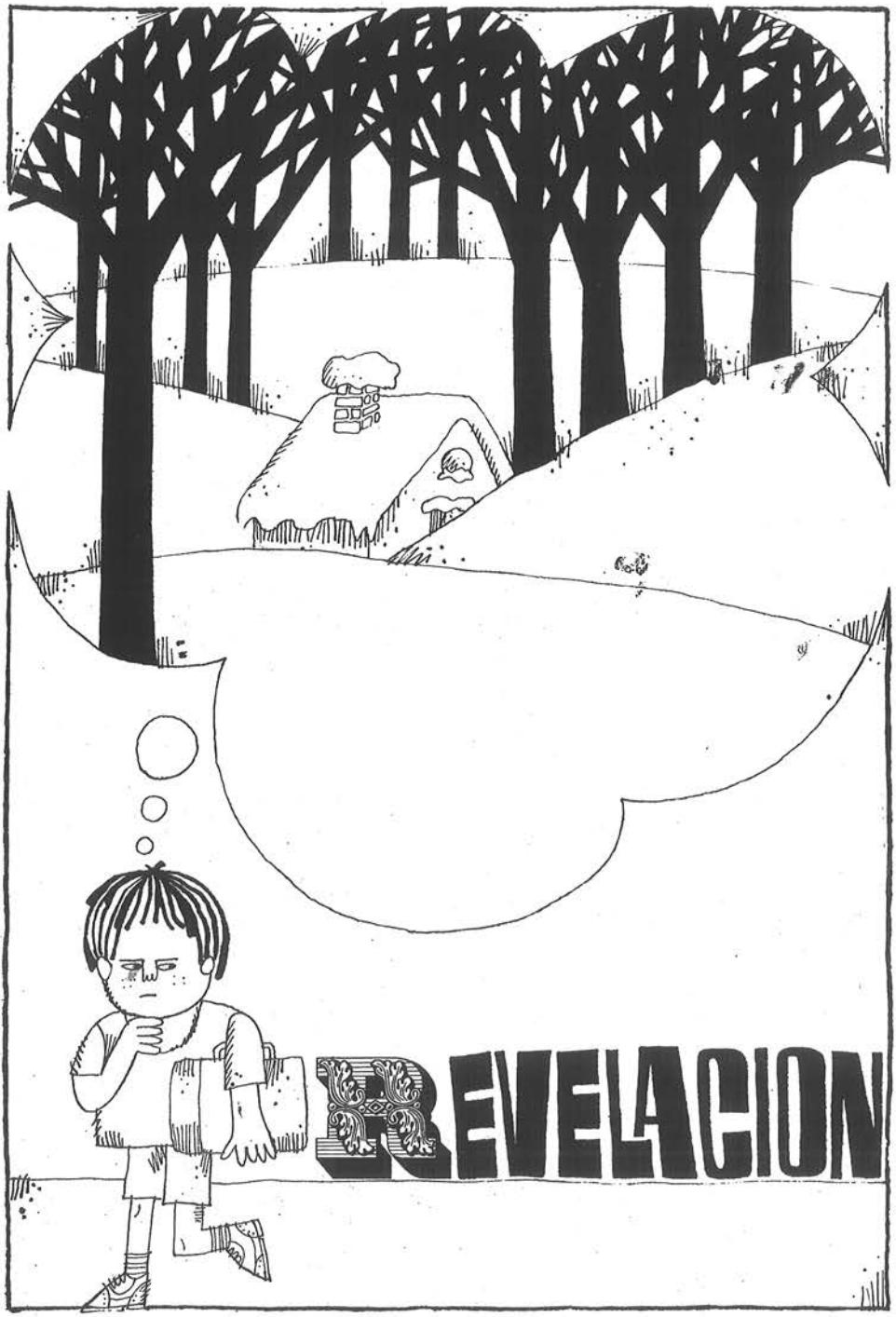
columna siquiera tras la que poder ocultarse. Por su gusto, habría echado a correr; porque no era lo malo que centenares de miles de Santos, millones de Querubines, Serafines, Potestades y Tronos le estuviesen mirando en aquel instante, sino que incluso el Señor alargaba hacia el Angel los brazos desde su Trono, invitándole a entrar, mientras le sonreía precisamente a él:

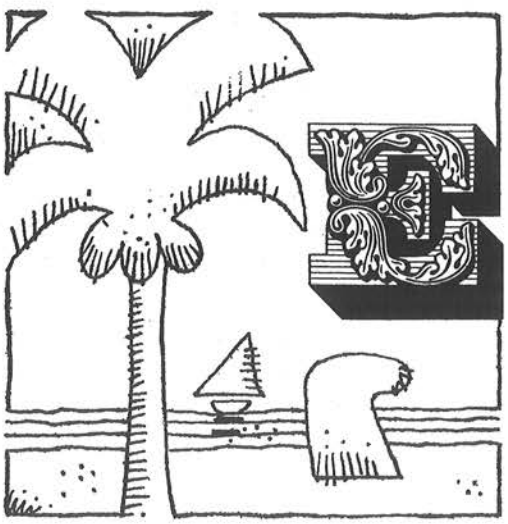
— Pasa, Quinito, pasa.

¡Nada menos que el mismo Señor!

— Anda, pasa.

Y Quinito, colorado hasta las orejas, franqueó por fin «La Gran Puerta». ¿Qué otra cosa podía hacer?


LA REVELACION



EL Niño de Nueve Años no acababa de comprender, por mucho que lo meditase, cómo, si él se bañaba todavía en la playa, podían existir en algún lugar de la Tierra montañas con ventisqueros y glaciares, y personas tan tontas que se dedicasen a extraviarse en la nieve y morirse de frío, si por casualidad no tropezaban con un perro de San Bernardo, de esos que andan por los montes con un barrilito de licor colgado del cuello. Sin embargo, don Martín, el maestro de la Escuela Preparatoria, decía que estas cosas ocurrían con frecuencia en el mundo, y la «Enciclopedia Primero», que el Niño de Nueve Años llevaba continuamente en la cartera, también, asegurando, además, que durante el invierno, morían los pájaros y caían las hojas de los árboles; pero el Niño de Nueve Años podía comprobar por sí mismo en cualquier momento que, a pesar de que

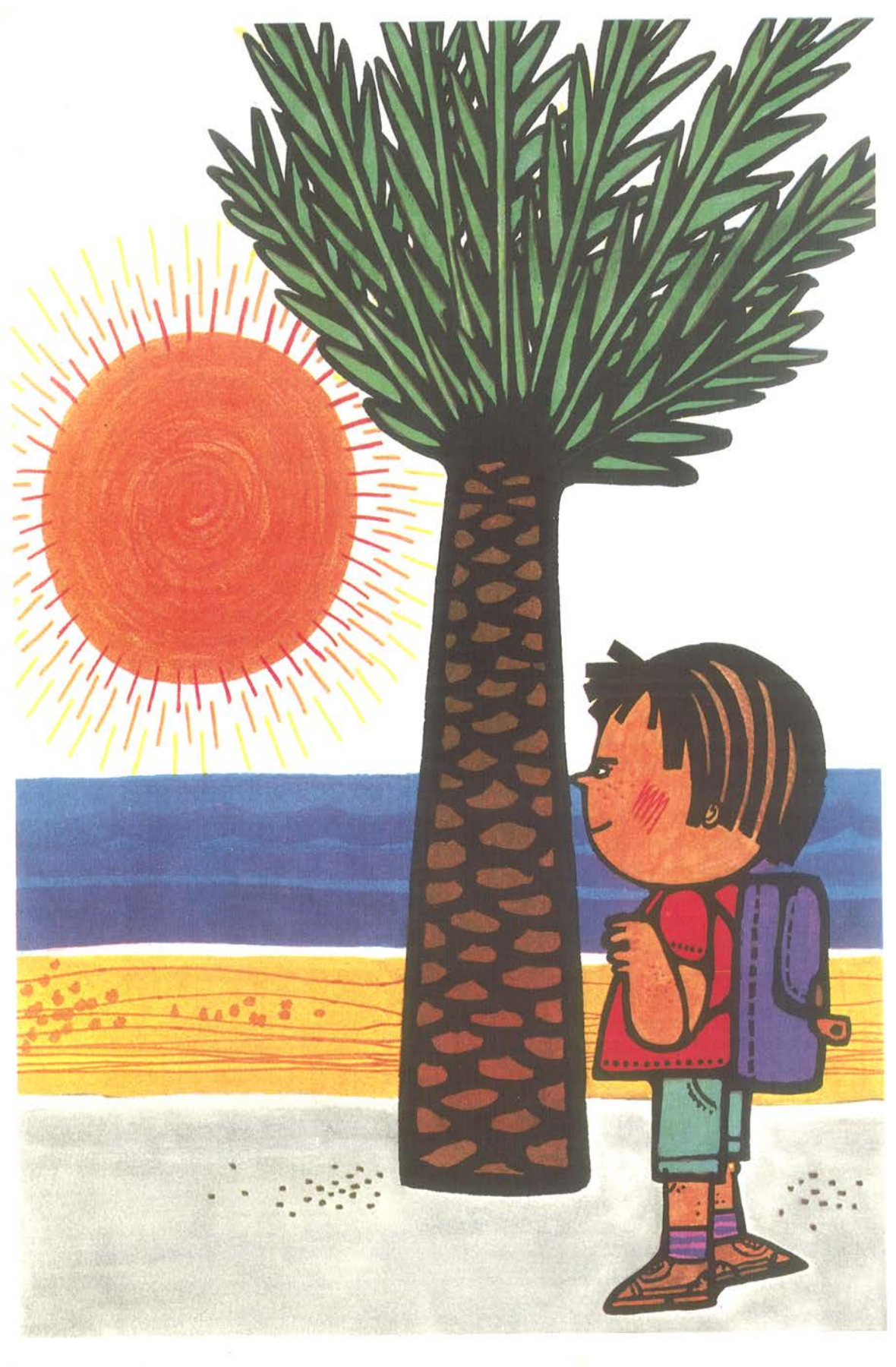
se encontraban ya en diciembre, la palmera que se veía desde el ventanal de la clase conservaba todas las suyas y, por si fuera poco, con un montón de jilgueros saltando y piando entre las ramas. No. Que «la Enciclopedia» y don Martín, dijeran lo que quisieran, que a él no se la daban. Un par de meses antes, cuando todavía no se había matriculado en la Escuela Preparatoria, bueno; pero ahora que sabía dividir por seis cifras y extraer la raíz cuadrada, qué iba él a dejarse engañar.

Para el Niño de Nueve Años, el invierno era una estación como las otras, y que no le vinieran a él con cuentos. ¿O es que el cielo no aparecía azul y las calles llenas de sol, como siempre? Pues, entonces. En lo único que se diferenciaba de las restantes épocas del año, eso sí, era en las vacaciones de Navidad que, desde luego, él no cambiaría por nada, ni siquiera por las del verano, a pesar de la careta submarina y las excursiones en bote, y mucho menos desde que su madre le prometió el año anterior que en las próximas Navidades pondría el Nacimiento él solo, sin ayuda de nadie. El ya tenía pensado, desde muchos meses antes, lo que había de hacer. Lo primero, pedir en la tienda de comestibles unos cuantos cajones y apilarlos en el cuarto de estar, al lado de la máquina de coser; luego, dar una vuelta por el puerto a recoger unos trozos de corcho, de los que quedan esparcidos por el muelle, después de embarcar un cargamento de esa clase; a continuación, procurarse un poco de musgo, un par de metros de papel de envolver y algunos libros, de los más gordos, de su padre; fabricar las montañas, cubrirlas con aserrín teñido de anilina verde, construir el portal e ir colocando las figuras.

Claro que su madre, ya lo sabía él, se empeñaría en ayudarle; pero el Niño no se sentía dispuesto a claudicar. Le diría:

— Me prometiste que me dejarías poner el Nacimiento a mí solo.

Y ella habría de reconocer que tenía razón. No es que a él le importase que le echara una mano; lo que quería evitar era que su madre se empeñase en espolvorear los montes, como de costumbre, con ácido bórico y harina, para imitar la nieve. El Niño había visto hacía poco una película de esquiadores en un cine y, desde entonces, estaba al cabo de la calle en la materia. Nada de nieve. El no quería correr el riesgo de que el caballo de Melchor pudiera dar un resbalón, como les pasaba a los esquiadores, y romperse una



pata. Porque él acababa de escribir a Melchor, y si éste no aparecía ante el Portal el día seis de enero, ¿quién iba a dejar en la rotonda el mecano, la bicicleta y el «robot» que había pedido en la carta?

El Niño iba pensando en estas cosas, mientras avanzaba camino del Instituto, por la carretera Nueva. Había salido de casa a las ocho, como siempre, con su cartera a la espalda, y marchaba despacio, distrayéndose a cada paso. A su alrededor, todo seguía igual que los días anteriores, sin que nada hiciera presentir que aquella mañana pudiera ser distinta de las demás. El Guardia de Circulación estaba ya en su puesto, en el cruce, y el Niño le saludó al pasar, porque casualmente se trataba del Agente que daba clase de tráfico todos los miércoles a los alumnos de la Escuela Preparatoria, tan simpático que hasta consentía a los chicos que se pusieran su propio «salacot» y sus manoplas. Al llegar al puente, reparó en el hombre que pescaba pulpos al pie de la muralla, y se detuvo un rato a observarle. Parecía muy viejo, pero la patera en que iba embarcado lo era todavía más; sin embargo, en las dos ocasiones en que el Niño había soñado con él lo había visto pasar en un balandro que tenía la vela roja y llevando un aro colgado de la oreja, como un joven pirata. Cosas que ocurren.

El Niño se cansó de mirar enseguida y siguió su camino, aunque, al acercarse a la estación de gasolina, se inmovilizó de nuevo, pero expectante y al acecho, como un cazador, porque había advertido la presencia de un automóvil que repostaba junto al surtidor. El Niño se hizo cargo rápidamente de la situación. El conductor, sentado ante el volante, se había puesto a leer el periódico, mientras el empleado llenaba el depósito. Los dos se encontraban distraídos. No le verían. La aventura se presentaba demasiado fácil. Luego, en la Escuela, el Niño podría pavonearse ante sus compañeros, relatándola. Adelante. Inclinó el tronco y avanzó, pegado a la tapia, para desenfilarse. Pasó por delante de la gasolinera y fue a situarse detrás del vehículo. Allí se puso en cuclillas al lado de una cubierta,

hizo «pffff» con la boca, y salió disparado otra vez. Cuando estuvo lejos, se paró a contemplar el resultado de su hazaña y, al observar que el conductor descendía del coche y se ponía a examinar los neumáticos, pensando que se le había pinchado una rueda, se echó a reír con todas sus ganas.

En la rampa del ensanche, el Niño se entretuvo unos minutos a ver trabajar a los picapedreros; luego, echó a correr nuevamente, subió la escalera del Instituto y, al llegar arriba, hincó una rodilla en el suelo para hacerse una lazada en la bota y de repente, al ponerse en pie, gritó, no para que le oyera nadie, sino para sí mismo:

— ¡«Capitán Trueno»! ¡Viva!

Y se dejó deslizar por el pasamanos, cabeza abajo, haciendo «jjjj» con la garganta, mientras los bandidos le seguían de cerca. Todo como todos los días, porque se encontraba en el maravilloso mundo de todos los días.

La campana sonó a las nueve en punto, en el preciso momento en que el Niño de Nueve Años franqueaba la puerta, y la fila de la Preparatoria avanzaba ya hacia la clase.

— ¡Llegas retrasado! — gritó el bedel, a su espalda, y el Niño abrió mucho los ojos y adelantó el labio inferior con gesto de perplejidad, porque no se explicaba cómo podía haber ocurrido aquello, si él había salido a las ocho de casa.

— Anda, métete en la fila y que no vuelva a suceder.

Una vez ante el pupitre, el Niño empezó a vaciar la cartera. Sacó primero un cuaderno, después el lápiz, a continuación el libro de la «Enciclopedia» y por último, un tapón, una chapa de gaseosa y un trozo de cable eléctrico. Luego, mientras don Martín se ponía a hablar de Gramática, el Niño se fijó en la palmera que se veía a través del ventanal y trepó mentalmente por ella, porque, de súbito, su imaginación le había transportado a una selva malaya, donde había japoneses que espiaban el paso del Comando que él conducía. Cuando bajó del árbol, el maestro explicaba ya Geografía. Había desenrollado un mapa de América del Norte; el Niño fijó en éste la mirada y, al comprobar que el continente americano tenía la forma de una cometa, se vio a sí mismo corriendo por la playa de Ceuta, con el hilo de una cometa en la mano. El profesor cogió el puntero y anunció:

— Orografía.

Y empezó a señalar los montes. Pronunció la palabra «Sierra Nevada» y después «Apalaches», y el Niño no se inmutó; pero en cuanto dijo «Cañón del Colorado», todo cambió de repente y dejó de ser un alumno de la Escuela Preparatoria, con la barbilla apoyada entre los brazos, para convertirse en un explorador con un gorro de piel de nutria y su rifle y, un minuto después, en un «cowboy», con el «colt» en la pistolera y el lazo colgado del borrén delantero de la silla. Todo como de costumbre, sin que nada permitiera suponer que el mundo hubiese de cambiar para siempre aquella mañana.

El Niño colocó la mano delante de los labios, dio con el codo a su compañero de banco, torció la boca y susurró hacia el otro:

— Jack, el Negro.

El camarada comprendió y repuso:

— John, el Vaquero.

Y los dos empezaron a galopar interiormente por una pradera, florecida de velloritas.

Después, mientras el profesor señalaba un puntito en el mapa y decía: «En esta isla, fíjense bien, fue donde desembarcó Cristóbal Colón», el Niño se puso a dibujar con la punta del dedo, mojada en saliva, sobre la tapa del pupitre. Pintó un caballo y escribió debajo: «Melchor», y se quedó a contemplar su obra, mientras su fantasía se poblaba de dromedarios cargados de juguetes. El compañero de banco leyó la palabra con el rabillo del ojo y preguntó en voz baja:

— ¿Para qué escribes eso?

El Niño alzó los hombros. Dijo:

— Ya ves.

— Pero, ¿tú crees en los Reyes? — inquirió; pero como el otro no respondía, se decidió a pronunciar la terrible sentencia —: ¿Es que todavía no lo sabes, idiota? Los Reyes son los padres.

El Niño no había comprendido bien.

— ¿Qué es lo que dices?

— Pues eso. Que los Reyes Magos no existen. Son los padres.

Y entonces, el Niño colocó el mentón entre los puños y se puso a rumiar la revelación en silencio, mientras el mundo se iba volviendo sombrío por momentos.

Dos días más tarde, el 20 de diciembre, empezaron las vacaciones, a pesar de lo cual el Niño de Nueve Años rebosaba de tristeza. Su madre lo advirtió enseguida:

— Pero, ¿qué tienes, hijo?

— ¿Yo? Nada.

— ¿No vas a montar el Belén?

Repuso con desgana el Niño.

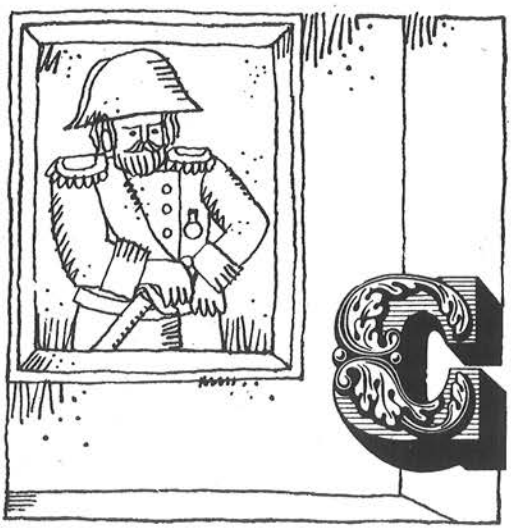
— Sí, bueno.

Y se echó a la calle en busca de los cajones y el corcho. Por la tarde fabricó las montañas; esparció por encima puñados de aserrín teñido de verde, trazó los senderos, plantó los árboles, colocó las figuras y, al terminar, pidió a su madre:

— Dame un poco de harina para el Nacimiento, ¿quieres?

Porque, en realidad, ahora ya no le importaba que el caballo de Melchor pudiera resbalar en la nieve y romperse una pata.

LA CASA DESHABITADA



COMO desde que murió su dueña, una ancianita que vivía sola, rodeada de gatos, nadie había vuelto a entrar en el piso, y de esto hacía ya un buen montón de años, las habitaciones seguían cerradas, acumulando polvo y telas de araña, mientras los muebles, que ya eran viejos bastante tiempo atrás, envejecían un poco más cada día; por ejemplo, al sillón de orejas donde acostumbraba a sentarse la anciana a hacer calceta, había acabado por soltársele uno de los muelles, que arremetió contra el asiento, destripándolo, en tanto que las carcomas terminaban de devorar una pata de la mesa del comedor, a la que dejaron definitivamente coja. Las teclas del piano, que aún permanecía abierto, habían llegado a adquirir un tono amarillento, como la sonrisa de esos niños que no se lavan los dientes, y las flores que aparecían estampadas en el antiguo empapelado de

las paredes, a fuerza de que nadie las mirara, se fueron poniendo mustias, hasta que concluyeron por secarse. A primera vista, pues, la casa parecía completamente abandonada y solitaria; pero sólo a primera vista, porque, en realidad, todavía habitaban en ella un viejo Coronel de Dragones y una bailarina de porcelana.

Todo el mundo sabe que los pintores, cuando hacen un retrato, suelen poner parte de su alma en su obra. El que había pintado al Coronel había puesto tanta, que la figura que dejó dibujada en el lienzo vivía desde entonces con el espíritu que le había infundido el artista. Claro que la existencia que había llevado el viejo militar a partir de aquel día, no resultaba lo que se dice excesivamente divertida, ya que su única ocupación consistía en mirar a la pared que tenía enfrente. Antaño, medio siglo atrás, cuando la ancianita era todavía una muchacha de diez y seis años, la vida del Coronel no era tan monótona como ahora, porque, en aquel entonces, se celebraban a menudo en la casa saraos y reuniones, durante los cuales, el Coronel del cuadro se entretenía viendo bailar el vals a las parejas, escuchando las notas del piano o contemplando los juegos de luz que se formaban en la araña que iluminaba la estancia, cuando el rumor de la música, las risas y las conversaciones hacían oscilar sus cristales. Pero aquello había terminado hacía mucho tiempo, y en la actualidad el Coronel se pasaba las horas bostezando, en medio del silencio y la oscuridad que reinaban a su alrededor. Eso, cuando no se ponía a recordar, para distraerse, los acontecimientos de su propia historia. En realidad, la suya no era una historia demasiado agitada, ya que el cuadro había sido llevado directamente del estudio del pintor a la casa. Allí le pusieron en un marco y lo colgaron en una de las paredes del salón, de donde no se había movido desde entonces. Sus primeros recuerdos arrancaban, pues, del día en que, sin saber cómo, se encontró de pronto cara a cara con el artista. Al principio, mientras éste se entretuvo en diseñar la cabeza del retrato, el Coronel no sintió nada, puesto que todavía no había comenzado a existir; pero a medida que el dibujante perfilaba sus ojos, su nariz y su boca, empezó a darse cuenta de lo que le rodeaba, aunque no de repente, claro, sino de forma paulatina, como quien despierta de un sueño. Lo primero con que tropezó su mirada, fue con el pintor. Lo vio cómo observaba algo que había detrás del caballete, cómo se fijaba luego en él, y cómo por fin, escogía un

pincel entre los del mazo que llevaba en la mano, lo humedecía con aguarrás, lo acercaba a una de las manchas de color que se extendían sobre la paleta, y se dedicaba a embadurnar de óleo las mejillas o la frente del Coronel, que se estremecía de asco y de vergüenza, porque todo un bizarro militar, con el pecho cubierto de medallas, no se resigna así como así a que le tiznen el rostro, sobre todo cuando no puede desenvainar su sable para atravesar con él a la persona que se atreve a inferirle semejante ofensa. Por eso, aunque el cuadro había sido pintado hacia 1870, el viejo Coronel no podía olvidar aquella escena, hasta el punto de que, cada vez que volvía a su memoria, se sentía encender de furor. A pesar de todo, no dejaba de reconocer que el artista le había pintado con mucha maestría; no sólo le había dotado de un gesto varonil y gallardo, sino que incluso se había preocupado de peinarle cuidadosamente la barba y el cabello. Aparte de esto, le había vestido con una guerrera de color rojo, con botones de metal, sin olvidarse de las charreteras doradas y el sable, con empuñadura de nácar. Pero fuera de estos recuerdos, el Coronel no sabía absolutamente nada acerca de sí mismo, ya que ni siquiera se le había pasado por la imaginación la idea de que pudiera él tener alguna relación con el auténtico Coronel, el que había servido de modelo al retratista para pintar el cuadro. Porque de sobra sabía él que había nacido de los pinceles de un pintor, y que su existencia no había comenzado hasta el momento en que empezó a vivir sobre el lienzo.

En cambio, la persona con la que se había sentido íntimamente unido, fue la anciana. La había conocido niña, cuando estudiaba primer año de solfeo y aprendía a bordar y a hacer encaje de bolillos; y después de joven, cuando la veía sentada en el sofá, agitando nerviosamente el abanico, mientras esperaba a que alguno de los muchachos que mariposeaban por la sala la sacase a bailar; y luego, de mayor, cuando se vistió de negro y se pasaba el día suspirando y secándose los ojos con el pañuelo; y más adelante, de vieja, cuando se puso una cinta morada en el cuello y llenó la casa de gatos; y, por fin, unos meses antes de morirse, cuando apenas podía andar y llegaba al salón arrastrando los pies, apoyada en un bastón con el puño de plata, y se acomodaba en el sillón de orejas a hacer pañitos de encaje, para cubrir con ellos los respaldos de las butacas. Por esta causa, desde que había desaparecido la anciana, el Coronel

se sentía más solo que lo había estado nunca, hasta el extremo de que, en ocasiones le entraban deseos de llorar de nostalgia, y si no hubiera sido porque se daba cuenta de que un Oficial, como él, con dos charreteras y el pecho lleno de condecoraciones no hubiera estado bien visto que llorase, se hubiera puesto a hacerlo de buena gana.

La viejecita, según creía el Coronel del retrato, había sido la única persona en el mundo que se había fijado en él; todas las demás, pasaban por delante del cuadro sin tomarse siquiera la molestia de levantar hacia él la mirada; por el contrario, la anciana le visitaba con frecuencia. Esto había venido ocurriendo desde que era una niña; entraba de puntillas en el salón, se ponía delante del lienzo y se le quedaba contemplando en silencio. Incluso un día, cuando acababa de cumplir los veinte años, hasta llegó a dirigirle la palabra. Había aparecido en la sala, con los ojos enrojecidos, como si se hubiera pasado varias horas llorando.

— Hola, papá — dijo —. ¡Me hubiera gustado tanto que estuvieses ahora a mi lado para consolarme! Andrés ha muerto, ¿sabes? Murió en la guerra, lo mismo que tú. Le mataron la semana pasada. Ibamos a casarnos, ¿sabes? El mes que viene se celebraría la boda. Ya no me casaré con nadie, papá. ¡Nunca me casaré! No podría querer a ninguna persona como a Andrés. ¡Papá, papá!

Y al decir esto, cayó de rodillas sobre la alfombra y rompió a llorar con mucha congoja.

Aquella escena, había impresionado al Coronel, que no comprendía la razón de que la muchacha le dijese que había muerto en la guerra, cuando a la vista estaba que se encontraba vivo y bien vivo; aparte de que en toda su existencia había oído un solo tiro, puesto que jamás había salido del marco. Por otra parte, también le causaba extrañeza que le llamase padre, aunque, eso sí, no dejaba de resultar agradable oírselo decir. Pero fuera como fuese, lo cierto era que la viejecita le hacía compañía, y por esa razón, desde que no la tenía a su lado, no podía acordarse de ella sin melancolía, porque, en el fondo, se sentía tan desamparado como si acabara de quedarse huérfano, y, desde luego, se hace muy cuesta arriba vivir cuando uno cree estar completamente solo en el mundo.

Sin embargo, habría bastado con que el viejo militar hubiera echado una ojeada a la vitrina que había en un rincón de la estancia, precisamente a la derecha del cuadro, para que cambiase de

parecer. Bueno, en realidad, aunque hubiera querido dirigir los ojos a aquella parte no habría podido hacerlo, ya que el artista le había pintado con la cabeza vuelta hacia la izquierda, y le gustase al Coronel o no, hasta el fin de sus días tendría que permanecer en aquella postura. Pero, ni que decir tiene que si hubiera llegado a mirar alguna vez a la figurita de porcelana, se hubiera dado cuenta al instante de que no se encontraba tan solitario como él creía.

Realmente, la bailarina no estaba ya tan bonita como cuando la metieron en la vitrina, cuarenta y tantos años atrás. Cierto que todavía seguía cogiéndose la falda, como antaño, mientras hacía una graciosa reverencia, pero su vestido había perdido parte del color y uno de sus brazos, que se le había partido a consecuencia de una antigua caída, lo tenía pegado con sindetikón. No obstante, su corazón se mantenía tan joven como el día que la compraron en un bazar para llevarla a aquella casa. Desde aquella lejana fecha, la bailarina de porcelana no había dejado un solo instante de observar el cuadro, puesto que la habían puesto mirando hacia el lugar donde se encontraba colocado, y, claro, a fuerza de tenerlo delante, había llegado a enamorarse del Coronel, aunque con un amor sin esperanzas, ya que el bizarro militar no se había dignado volver una sola vez los ojos hacia ella. Pero no importaba. A la figurita de porcelana le bastaba con poder amar en silencio para sentirse completamente feliz.

En realidad, no le había pasado inadvertido que, con los años el Coronel había envejecido mucho, hasta el punto de que su cabello había empezado a encanecer por la parte de las sienes y en la barba tenía ya algunas hebras grises. Ni tampoco su apostura y empaque eran los mismos que en otra época. Antiguamente, el Coronel se mantenía muy derecho, una mano en la empuñadura del sable y la otra sobre la cadera, mirando al horizonte con las cejas fruncidas y el gesto orgulloso, como si acabase de ganar una batalla. Ahora, por el contrario, cargado de espaldas, con la guerrera deslucida, oxidados los botones, y los puños y las charreteras deshilachadas, resultaba bastante desgarbado, a pesar de lo cual, la figura de porcelana seguía tan ciegamente enamorada de él como siempre, ya que no le veía con los ojos de la cara, sino con los del corazón, donde el viejo militar aparecía, por descontado, tan juvenil y apuesto como la primera vez que la bailarina se fijó en él. Gracias a este

amor, que le llenaba de felicidad, la figurita apenas había llegado a darse cuenta de los cambios que, con el tiempo, se habían operado en el interior de la vitrina, lo que, en último término, constituyó una suerte para ella, puesto que, con el carácter tan sensible que tenía y lo aficionada que era a la elegancia, no hubiera podido presenciar, sin languidecer de tristeza, las cosas que habían ocurrido a su alrededor. Ella había estado siempre colocada entre una reluciente tabaquera de plata y un abanico abierto. ¿Qué habría pensado, si se le hubiera ocurrido volver la cabeza, y hubiese comprobado que, con los años, la tabaquera se había ennegrecido, y al abanico le faltaban un par de varillas por lo menos? No. Afortunadamente para ella, la bailarina de porcelana no tenía ojos para otra cosa que no fuese su bizarro Coronel de Dragones.

Y la vida, en el interior de la sala, habría continuado como hasta entonces, la bailarina pendiente del Coronel y éste sumido en sus recuerdos o bostezando de aburrimiento, si un buen día no se hubiera abierto la puerta de la estancia, de repente, para dar paso a dos hombres, que llegaban cargados con una escalera de mano. El primero que entró, se dirigió al balcón, descorrió las cortinas y abrió las contraventanas, a fin de que la luz del día iluminase la habitación. A continuación, echó una ojeada por la sala:

— ¡Uf! — dijo —. ¡Vaya casa! ¡Cualquiera sabe el tiempo que debe hacer que no vive nadie aquí dentro! — Luego, preguntó —: ¿Cuál es el cuadro que hemos de llevarnos?

— Yo creo que es ese. ¿No dijeron que era un tipo con barbas vestido de uniforme?

— Pues, ale, a lo nuestro. Cuanto antes salgamos de esta casa, mejor. He oído que está en ruinas, y que el día menos pensado puede venirse abajo.

— ¡Demonio!

Y entre los dos, pusieron en pie la escalera a toda prisa, la apoyaron contra el muro, y empezaron a descolgar el cuadro. Al darse cuenta de ello, la figurita se sobresaltó. No porque hubiera oído

hablar del Coronel con tan absoluta falta de respeto, ya que a través de los cristales de la vitrina no se podía escuchar lo que decían, sino porque había comprendido que lo que aquellos hombres trataban de hacer, era llevarse el lienzo. ¿Y qué iba a ser de ella, cómo iba a arreglárselas para seguir viviendo, sin tener a su bizarro militar cerca de sí?

Uno de los hombres levantó el marco en vilo y empezó a descender los peldaños con el cuadro en las manos.

— Bájalo con cuidado — dijo el otro —, que como se rompa, nos la cargamos. Creo que van a trasladarlo a un Museo.

El Coronel no sabía lo que era un Museo, naturalmente, pero la noticia le llenó de satisfacción. Cambiar de ambiente, correr aventuras, ver mundo. ¡Era maravilloso! Como que, si hubiera podido hablar, se habría dirigido a la persona que lo transportaba para meterle prisa:

— Vamos, rápido, rápido — habría dicho.

En cambio, la bailarina de porcelana, cuando vio el lienzo en el suelo, apoyado contra la pared, sintió unos deseos enormes de llorar. También ella hubiera gritado, si hubiera tenido el don de la palabra, pero para decir:

— ¡Por Dios, no se lo lleven! ¿Qué va a ser de mí sin él?

Pero, claro, como estaba fabricada de caolín, sus labios no podían abrirse y continuó en silencio, con el corazón destrozado.

Por fin, los hombres cargaron con la escalera y con el marco, y se dispusieron a abandonar la estancia.

— ¿Vamos?

— Vamos.

Y ya iban a salir, cuando, de pronto, se oyó un estrépito de cristales.

— ¿Qué ha sucedido? — preguntó uno de ellos.

— Nada. Una estatuilla que se ha caído y se ha hecho añicos — contestó el otro.

La enamorada bailarina de porcelana, en efecto, se había venido de la vitrina al suelo, y yacía sobre la alfombra, rota en mil pedazos. No había podido resistir la idea de que arrancasen al viejo militar de su lado. Había preferido la muerte a separarse de su amor; sólo que nadie, ni el propio Coronel, llegaría a enterarse nunca de su sacrificio.

Comentó uno de los hombres:

— ¿No te decía yo que la casa se encuentra en ruinas? ¡Mira cómo estará que hasta las esculturas se rompen solas!

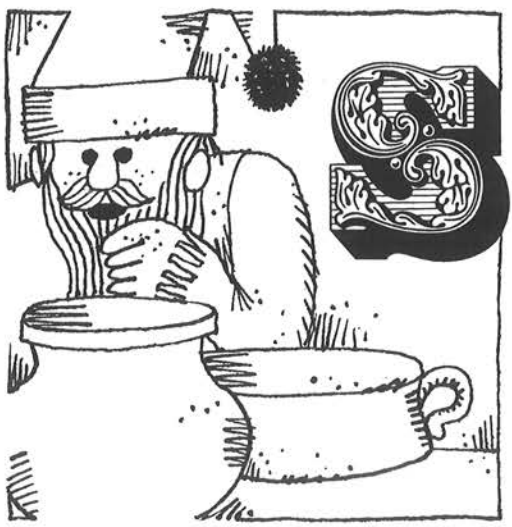
Repuso el otro:

— Pues vámonos cuanto antes, no se nos vaya a venir el techo encima.

Y, dicho y hecho, salieron a la calle velozmente.

Durante su viaje hacia el Museo, el viejo militar, fue observando, con un asombro sin límites, las calles, los coches, los tranvías y la gente, que constituían para él algo completamente nuevo. Más adelante, cuando le colgasen otra vez en un muro, recordaría con pelos y señales todo aquello. Aunque pasasen cien años más no podría olvidar la emoción y la sorpresa que le había proporcionado su rápido paseo por el mundo. Pero, desde luego, de la figurita de porcelana no se acordaría jamás, porque ni siquiera había llegado nunca a tener noticias de su existencia, y, mucho menos, del amor que durante tantos años había alimentado en silencio dentro de su pequeño corazón de caolín.

COMI
NILLO



SI, ya sé que sois bastante mayorcitos, y que, a vuestra edad, preferís otra clase de historias, un poco más emocionantes, como las del Capitán Trueno, Superman o Jabato; pero, en realidad, como lo que voy a contaros se parece más a una pequeña novela de aventuras que a otra cosa, no creo que os importe mucho que su protagonista sea uno de los tradicionales enanitos del bosque.

Antaño, cuando la existencia no era tan agitada como ahora, los enanos no vivían todos juntos, como ocurre actualmente, en el corazón de un espeso y lejano bosque de hayas, donde no es fácil que nadie consiga dar con ellos, sino que andaban repartidos por el mundo, unos aquí y otros allá, habitando en las proximidades de las ciudades y las aldeas, o, cuando menos, de las cabañas de los leñadores, ya que, en aquel entonces, los enanitos estaban en

buenas relaciones con los seres humanos. Las cosas han cambiado, sin embargo, y no tiene de particular que haya sido así, ya que los enanos son casi tan asustadizos como los pájaros, y no soportan ese endemoniado estrépito que arman los trenes, los aviones, los automóviles y las sirenas de las fábricas de nuestro mundo de hoy. Por eso es por lo que se decidieron a retirarse a un rincón apartado y silencioso, donde poder hacer su vida y seguir sus costumbres sin que nadie les molestara.

No obstante, Cominillo se sentía ya un poco harto de la existencia que llevaba, cómoda y tranquila, sí, pero rutinaria y monótona. Todo el mundo sabe que los enanos del bosque son muy trabajadores, y que desde por la mañana, en que salen a cortar leña, buscar la comida y acarrear el agua, hasta por la noche, que se encierran en la cocina, cerca del fuego, a charlar y contar historias, mientras el viento golpea las ventanas y la nieve se arremolina sobre el tejado, no se detienen a descansar un minuto. Pero a Cominillo, que poseía un espíritu aventurero, las faenas caseras le aburrían; y cada vez que se veía obligado a cuidar los pucheros o barrer el piso, por ejemplo, se ponía de un humor espantoso. Por esta causa, hacía tiempo que venía acariciando la idea de dejarlo todo empantanado, tomar el camino y dedicarse a correr mundo. Eso de tener que seguir año tras año haciendo siempre las mismas cosas, no iba con su carácter. Así que, un día, sin hablar con nadie de sus proyectos, puesto que los enanos son terriblemente indiscretos, se decidió por fin a abandonar el bosque. Y, pensado y hecho, una noche, aprovechando la circunstancia de que sus hermanos se encontraban fuera de casa, cogió la puerta, salió de la cabaña y echó a andar sendero adelante, con la caperuza calada hasta las orejas, porque estaba nevando. La tentación de escaparse había sido tan fuerte, que todo lo que se le ocurrió de momento fue echar a correr, sin pararse siquiera a pensar hacia dónde se dirigiría. Claro que esto, realmente, tampoco le inquietaba demasiado, ya que lo que él quería era ponerse cuanto antes fuera del alcance de los demás enanos, no fuese a ocurrir que se dieran cuenta de su escapatoria, y se lanzasen en su persecución, hasta encontrarlo y llevarlo de nuevo a casa, cogido por una oreja. Más adelante, cuando estuviera bastante lejos, ya se dedicaría a meditar en lo que debería hacer y a dónde le convendría ir, pero, por ahora, su única preocupación consistía

en poner la mayor distancia posible entre él y sus hermanos, porque, por nada del mundo, se sentía dispuesto a dejar fracasar sus proyectos, ya que la idea de volver a encerrarse en la cabaña, a cuidar de los pucheros y fregar los cacharros, le espantaba.

No obstante, desde que dejó atrás el camino que solían seguir los enanos, y que, por tanto, era el único que él conocía bien, comenzó a andar a ciegas, completamente desorientado, porque el bosque era extraordinariamente frondoso y todas las sendas parecían iguales. Hay que considerar que en relación con el tamaño de Cominillo, los helechos resultaban tan altos como para nosotros los árboles más gigantescos, ya que incluso las hierbas más pequeñas le llegaban a él a la cintura. El enano anduvo toda la noche sin detenerse, echándose el aliento en las manos para calentarse y sacudiendo a manotazos la nieve que le caía encima, hasta que cuando empezaba ya a amanecer, se detuvo. No quería confesarse a sí mismo que se había perdido, pero no tuvo más remedio que acabar por reconocerlo, mientras daba fuertes tirones de sus barbas a fin de desahogar su mal humor. Por último, ya que la nevada arreciaba, se acurrucó debajo de un hongo, para guarecerse. El frío se le había metido hasta los huesos, pero no era esto lo peor, sino que, además, estaba muerto de hambre.

— Soy un enano completamente idiota — dijo.

Y, en cierto modo, tenía razón, porque a nadie se le ocurre marcharse a correr mundo sin acordarse siquiera de cenar. Al menos, si se hubiera fugado durante el verano, no habría faltado alguna abeja que le hubiera proporcionado un platito de miel, pero con la endemoniada temperatura que reinaba, ¿quién iba a pensar en semejante cosa?

En cuanto salió el sol, Cominillo volvió a emprender la marcha. Las raíces se le enredaban en los pies y la maleza obstaculizaba su camino, por lo que éste se hacía cada vez más lento y dificultoso. Con su estatura, era como si avanzase a través de una selva. Empezaba a arrepentirse de su locura.

— Sí. Ha sido una locura — dijo.

Porque ¿qué sabía él del mundo, en realidad? A aquellas horas, sus hermanos ya le habrían echado en falta y andarían buscándole por todas partes, llenos de angustia y ansiedad.

— Si pudiera volver...

Pero ¿cómo hacerlo, Dios mío? ¿Dónde encontrar una senda que le llevase a la cabaña otra vez? No. No había remedio. Estaba irremisiblemente perdido, condenado a morir de hambre y de frío en medio de aquella horrible selva de helechos. El pensamiento resultaba tan aterrador, que Cominillo perdió el dominio de sus nervios, y comenzó a gritar y a llamar a sus hermanos, asustado:

— ¡Piernascortas! ¡Seiscentímetros! ¡Caracol!

Nadie le oía. Nadie le oiría jamás. Aquello era el fin.

Se sentó sobre una piedrecilla con los hombros caídos y la barba lacia. Se sentía abrumado. Podía seguir andando, desde luego, pero ¿para qué fatigarse inútilmente? Puesto que había de morir, lo mismo daba hacerlo en un sitio que en otro.

El tiempo iba pasando. Aunque era ya mediodía, el sol apenas calentaba. La nieve, endurecida, cubría el suelo por completo.

— Soy el más idiota de todos los enanos del mundo — repitió Cominillo, pero apenas había acabado de decir esto, cuando se puso en pie, sobresaltado. Acababa de escuchar un lejano rumor, que iba aumentando, aproximándose por momentos: zan, zan, zan. Parecían dos grandes, dos enormes pisadas que se acercaban aplastando la nieve y tronchando la maleza. No podían ser los enanos, desde luego que no, puesto que sus pasos no hubieran producido tanto ruido. Como que el suelo vibraba debajo de Cominillo como un tambor. Zan, zan, zan. Más cerca, cada vez más cerca. El enano se encogió, aterrado, y miró a sus alrededor, buscando algún lugar donde esconderse, aunque enseguida comprendió que sería completamente inútil que lo hiciera, puesto que, se metiera donde se metiese, su caperuza encarnada, destacando entre la blancura de la nieve le delataría al momento. No había remedio. Estaba perdido. Una sombra gigantesca que parecía cubrir el cielo, como las nubes cuando pasan por delante del sol, cayó de pronto sobre Cominillo, quien levantó los ojos, aterrado.

— Dios mío, ¡es un hombre!

El enano había oído hablar de los hombres, naturalmente, aunque nunca había visto a ninguno. Sus abuelos, sí que habían llegado a conocerles, pero los enanos de su generación habían vivido siempre en aquel bosque y, por lo tanto, no se les había presentado la ocasión de echar la vista encima a un ser humano. Incluso, cuando los viejos enanitos hablaban al amor del fuego de estas cosas, Comi-

nillo nunca había terminado de creerles, porque no le parecía posible que existieran seres tan gigantescos, que pudieran aplastar con un pie a un enano, con la misma facilidad con que Cominillo estrujaba una hormiga. No le parecía posible creerlo, y sin embargo, ahora lo tenía delante.

— ¡Qué grande es! — se dijo.

Al hombre, que era un cazador y, por consiguiente, tenía buena vista, no se le pasó por alto la presencia de Cominillo.

— ¡Caramba! — dijo —, pero ¡si es un enano!

Y se agachó para recogerlo, mientras Cominillo cerraba los ojos y se ponía a rezar en voz baja, creyendo que había llegado su último momento. El cazador cogió con dos dedos a Cominillo por la cintura, con mucha suavidad, para no estrangularle, y lo examinó detenidamente. ¿Quién podía creer en lo que veía? ¡Un enano, un auténtico y diminuto enano, vestido con su traje de badana verde y su caperuza colorada, con una borla negra en la punta! También al cazador, como a todo el mundo, le habían contado alguna vez, cuando niño, algún cuento de enanos, pero ¿cómo iba a pensar que podía ser cierto lo que le decían entonces? Y, sin embargo, allí estaba Cominillo para demostrar que no se equivocaban los que aseguraban que los enanitos del bosque tienen una existencia real y verdadera.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó, y Cominillo hubo de taparse los oídos, porque la voz resonó en ellos como un trueno.

— Cominillo — replicó.

El cazador propuso entonces:

— ¿Quieres venir conmigo a casa, Cominillo?

¡Cualquiera se atrevía a decir que no!

— Como usted quiera.

— Pues, vamos.

El cazador puso al enano en el bolsillo superior de la zamarra y echó a andar hacia el pueblo, muy contento. Aquella mañana no había matado ni una mala liebre durante la cacería, pero su encuentro con Cominillo le compensaba con creces de su mala suerte. Sabía que su mujer, al verle regresar con el morral vacío, empezaría a lamentarse, ya que el matrimonio era muy pobre y vivían de lo que el marido cazaba, pero también se encontraba seguro de que ella, al descubrir a Cominillo, se consolaría inmediatamente, puesto que. como no tenían hijos, sentía mucha necesidad de cariño.

Cuando se vio en el interior del bolso, Cominillo empezó a manotear como un desesperado; poco a poco, sin embargo, se fue tranquilizando. No sólo hacía calor en el bolsillo, sino que acababa de encontrar en el forro unas migas de pan, que se apresuró a devorar, con lo cual acabó por calmarse del todo, hasta el punto de atreverse a sacar la cabeza fuera.

— No se va nada mal aquí dentro, no, señor — dijo.

El susto que acababa de pasar, se le había olvidado tan por completo, que en aquel momento, le hubiera gustado que Piernascortas o Seiscentímetros hubieran podido verle, para presumir delante de ellos de la aventura que estaba corriendo. Era su primer contacto con el mundo de los hombres, y volvió a sentirse orgulloso del atrevimiento que le había llevado hasta allí. Y, en realidad, no le faltaban motivos, ya que no todos los enanos tienen la suerte de contemplar el paisaje desde una altura tan impresionante, puesto que el bolsillo del cazador representaba, para el enano, lo que para nosotros asomarnos al campanario de una torre. Por eso, le habría gustado poder pavonearse delante de sus hermanos, como le hubiera pasado a un niño que se montara sobre un elefante.

El cazador llegó, por fin, al pueblo, encaminándose directamente hacia su casa. Su mujer salió a recibirle, y le echó los brazos al cuello.

— Hoy debes haber tenido mucha suerte — dijo —. Se te nota la satisfacción en la cara.

Contestó el cazador:

— Claro que la he tenido. ¡Mucha suerte!

La mujer se apresuró a coger el morral.

— Pero ¡si está vacío! — exclamó, perpleja —. ¿Es que has entrado en la taberna a empinar el codo?

— No.

— Entonces, ¿cómo puedes estar tan contento, sabiendo que no tenemos nada que comer?

Pero el cazador, en lugar de responder, extrajo de su bolsillo al enano, y lo depositó con mucho cuidado sobre la palma de su mano, mientras Cominillo se agarraba, horrorizado, al dedo pulgar, para no caerse. La mujer dio un grito de alegría.

— ¡Un enano! — dijo —. Trae, dámelo.

Y lo cogió suavemente, y lo puso encima de la mesa.

— ¡Es lo más pequeño que he visto en mi vida! — comentó al

contemplarle, mientras Cominillo, un poco picado, se ponía de puntillas, estirándose todo lo que podía.

Aquella noche, Cominillo cenó como nunca, puesto que para alimentar a un enano no hace falta gran cosa. Después, la mujer le acostó en el cesto de la plancha, entre la ropa, al lado del fogón. Y, mientras se dormía, empezó a pensar que, la verdad, su nueva existencia presentaba un aspecto francamente agradable.

COMINILLO se adaptó enseguida a aquella vida. El matrimonio le había tomado cariño, y como era buena gente, él también empezó, a su vez, a quererlos. La mujer se desvivía por atenderle. Ella misma le preparaba la comida, cuidaba de sus vestidos y charlaba con él. El enanito había cogido la costumbre de sentarse sobre los azulejos del fogón, mientras la mujer cocinaba, o en el hueco de su delantal, cuando se ponía a coser. En una palabra, al poco tiempo, pudo considerarse ya a sí mismo como el más feliz de los enanos.

Pero la llegada de Cominillo constituía un acontecimiento demasiado insólito para que la noticia de su aparición en el pueblo permaneciese oculta mucho tiempo. Un enano de ese tamaño no es una cosa que se vea todos los días. Así que la casa del cazador se encontraba ahora siempre llena de gente, deseosa de ver a Cominillo. Y no faltó, porque las personas malas nunca faltan, quien insinuara la idea de que el cazador podría obtener un buen montón de dinero si se decidiera alguna vez a vender al enano en la capital; pero aquél, naturalmente, no hizo caso.

Una tarde, el cazador volvió muy preocupado a casa. La mujer se acercó a él.

— ¿Qué sucede? — preguntó.

Y el cazador se apresuró a explicar lo que ocurría. El dueño de la casa donde vivía el matrimonio, se negaba a conceder a éste un nuevo plazo para que pudieran liquidar el alquiler.

Llevaban varios meses sin pagarle, porque no tenían dinero, aunque estaban decididos a hacerlo en cuanto llegase el verano y

el cazador se pusiera a trabajar en el molino. Sin embargo, el dueño, no quería esperar un solo día más.

— Ha dicho que si no le pagamos hoy mismo, nos pone en la calle.

Gimió la mujer:

— Pero, ¿qué va a ser de nosotros?

El cazador se encogió de hombros.

— Dios dirá.

La mujer se sentó en un rincón y se puso a llorar en silencio. El enano se le aproximó, muy conmovido.

— Pero ¿quién va a querer hacerte daño, si eres tan buena? — dijo.

Respondió la mujer:

— Mira, Cominillo. Tú no conoces el mundo de los hombres. Esta casa tiene un amo, ¿te das cuenta? Nosotros le pagamos para que nos deje vivir en ella. Ahora, como no tenemos dinero y no podemos hacerlo, nos echa a la calle, y en paz.

— Pero ¿necesita él tu dinero para comprar comida?

— ¡Qué va! El es rico. Tiene muchas tierras y casas.

— Entonces, desde luego, no lo entiendo — dijo el enano —, y se puso a pasear, con las manos a la espalda, meditabundo. No sabía lo que él podría hacer para remediar la situación que se presentaba, pero de lo que sí estaba seguro era de que no podía cruzarse de brazos sin intentar alguna cosa. Al fin y al cabo, el cazador le había salvado la vida y la mujer le había cuidado como a un hijo. Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

Por la noche, una vez acostado, en el cesto de la plancha, como siempre, continuó pensando. Las únicas cosas que se enseñan a los enanos, acarrear agua, remendar zapatos, poner a hervir un puchero, etcétera, ¿de qué podían servirle ahora al matrimonio? Bueno, también sabía picar en una mina, en busca de diamantes, como todos los enanitos, pero tampoco comprendía cómo esa habilidad pudiera ser de alguna utilidad en aquella ocasión.

Había pasado ya la medianoche, cuando se amodorró, por fin, aunque sin dejar ni un momento de repetirse a sí mismo:

— Tengo que hacer algo. Es necesario encontrar una solución enseguida.

Le despertó, de madrugada, el ruido que hizo el cazador, al echarse a la calle, con su escopeta, como todos los días. Era el momento para que un aventurero como él tomase una rápida determinación. De modo que, sin pensarlo mucho, jugándose la vida, ya que el cesto de la plancha era de un tamaño respetable, bajó como pudo al suelo y se dirigió hacia la puerta; y como el cazador la dejaba siempre entornada, para que los perros pudieran salir detrás de él, Cominillo, dominando el terror que sentía al pensar en que uno de aquellos terribles perrazos pudiera darle alcance, se deslizó por la rendija y echó a correr, acera adelante.

Para el enano, los edificios resultaban altos y macizos como montañas, pero esto no le preocupaba realmente, puesto que, al fin y al cabo, a pesar de su tamaño, aquéllos no podían hacerle daño alguno; en cambio no ocurría lo mismo con los horribles animales que los hombres llamaban gallinas, cuyo pico hubiera sido capaz de destrozar en cinco minutos el cuerpo de Cominillo, lo mismo que si se tratara de la cría de un gorrión; por eso, a medida que avanzaba, iba lanzando a un lado y a otro temerosas miradas, mientras afinaba el oído, por si escuchaba un cacareo o veía aparecer, de repente, la mole, cubierta de plumas, de uno de esos bichos. Pero ni el miedo que sentía era ya capaz de detenerle, puesto que había tomado una determinación y no se hubiera vuelto atrás por nada del mundo. Vagó al azar un rato por las calles, hasta que, súbitamente, al doblar una esquina, se encontró frente a frente con la casa que andaba buscando. La reconoció por la fachada, que no era de madera, como las restantes viviendas de la aldea, sino de mampostería. Cominillo no había echado en olvido que, unos días antes, cuando iba paseando con la mujer, ésta, al pasar por delante de la casa, le había dicho:

— Mira, ahí es donde vive el amo.

Durante unos minutos, el enano, parapetado detrás de un canalón, se dedicó a estudiar la situación del edificio, y, al observar que una de las ventanas se encontraba abierta, sin pararse a pensar en el peligro que corría, que era como para asustar a cualquiera, empezó a trepar, cogiéndose a las ramas de la yedra que cubría parte de la pared.

— Animo, Cominillo — se decía a sí mismo —. Ya queda menos.

Al fin, alcanzó la ventana y se coló en el piso. ¡Menudo piso!

Muebles de caoba, vitrinas, lámparas... Como que él no había visto nada igual en su vida. Pero lo que le entusiasmó por encima de todo, fueron las alfombras que cubrían el suelo, tan blandas, por lo menos, como el césped que brotaba en el bosque durante la primavera. De asombro en asombro, anduvo un rato, de un lado para otro, por las habitaciones, hasta que, de pronto, en una de ellas, se encontró cara a cara con su enemigo. Lo reconoció por la antipática expresión de su rostro, tan diferente de la que reflejaban los del cazador y su mujer. Acababa de levantarse de la cama y estaba vestido con una bata. Se hallaba sentado ante una mesa imponente, leyendo unos papeles; y, como usaba lentes, cosa que Cominillo no había visto nunca, y cuando movía la cabeza, los cristales, al reflejar la luz, producían unos súbitos y aterradores reflejos, que parecían relámpagos, el enano sintió que se le encogía el corazón. Pero Cominillo tenía madera de héroe, y no se echaba atrás tan fácilmente. Se adelantó, muy decidido, hacia su enemigo, y empezó a llamar su atención, tirando repetidamente de sus pantalones. El otro tardó unos instantes en percatarse de lo que pasaba, pero al darse cuenta de lo que se trataba, no pudo disimular su alegría.

— Pero ¡si es el enano! — exclamó. ¡Vaya suerte la suya! ¡Pues no hacía tiempo que deseaba echarle el ojo!

El, por encima de todo, era un hombre de negocios, y no ignoraba que Cominillo valía una fortuna. Como que en más de una ocasión había advertido al cazador que no sabía el dinero que tenía en las manos.

— Le doy por él lo que me pida — le dijo, pero el cazador, que no se encontraba dispuesto a venderlo, había respondido:

— No puedo hacer eso, lo siento.

— Usted se lo pierde.

Ahora, en cambio, tenía al enano delante, y no pensaba dejarle escapar.

— ¿Qué te trae por aquí? — preguntó.

— Vengo a hablar de negocios — repuso Cominillo.

El hombre sonrió.

— ¿De negocios? Pues vamos a ver de lo que se trata.

El enano expuso en dos palabras el asunto. El cazador era su amigo, dijo y él se había enterado de que se encontraba en un apuro,

y estaba decidido a hacer lo que fuese para sacarle del atolladero, porque, desde luego, no se sentía dispuesto a tolerar, después de lo que el matrimonio había hecho por él, que les echase de su casa.

— Ah, entiendo — contestó el otro, con astuta sonrisa —. A lo que vienes es a pagar lo que me deben. Pues, venga el dinero y asunto concluido.

Contestó Cominillo:

— Yo no tengo dinero.

— Entonces, no hay nada que hacer — repuso el hombre —. Claro que existen otros modos de saldar las deudas.

— ¿Cuáles?

— Muy sencillo: por ejemplo, si tú te quedases conmigo, yo daría por cancelada la cuenta del cazador.

Cominillo sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Lo que le proponían era, ni más ni menos, que convertirse en esclavo de aquel hombre espantoso, cuyos lentes no cesaban de relampaguear. Sin embargo, ¿qué otro remedio le quedaba, sino aceptar?

— De acuerdo — dijo.

Su enemigo se frotó las manos. «Mañana mismo — pensó — lo vendería en la ciudad. Conocía una vieja caprichosa, aficionada a los loros, que le entregaría por el enano un montón de billetes.»

— Pues bien, amiguito. Trato hecho — replicó, y, a continuación para evitar contratiempos, metió a Cominillo dentro de una jaula.

El enano empezaba a languidecer. Desde que se vio entre aquellos barrotes, no se había movido ni cambiado de postura. Sentado en un rincón, con la barbilla sobre los puños, pensaba en sus amigos. Había hecho por ellos todo lo que estaba en su mano, y este convencimiento le llenaba de orgullo, pero eso no era obstáculo para que se sintiese abatido. Ahora sí que se había terminado todo para él. Ya no volvería a ver al cazador, ni tampoco a sus hermanos del bosque. Y al recordar la casa de los enanos, con su cocinita caliente, donde se sentaban por las noches a contar historias, asomaron las lágrimas a sus ojos; sólo que, como los héroes no lloran, se contuvo.

Transcurrieron dos días antes de que su enemigo volviera a visitarle.

— Acabo de estar con tus amigos — fue lo primero que dijo —. Ya está todo arreglado. Hemos liquidado la cuenta que teníamos pendiente, y ya no tendrán que abandonar la casa. ¿No es lo que tú querías?

Se animó Cominillo:

— ¿Les ha dicho usted lo que he hecho por ellos?

— Hombre, no soy tan tonto. Si les hubiera contado la verdad, el cazador habría venido a reclamarte, ¿no comprendes? ¿No sabes que, desde el día en que desapareciste de su casa, te anda buscando por todas partes como un loco?

— Entonces, ¿qué es lo que les ha dicho?

El hombre, prorrumpió en una carcajada.

— Pues, nada. Unas cuantas mentiras sin importancia. Me presenté allí y dije: «Mire, le perdona la deuda — Y él contestó —: Pero ¿por qué? Porque sí — repuse —. ¿O es que no le cabe en la cabeza a usted que sea yo capaz de sentir compasión?» Y el matrimonio salió a acompañarme hasta la puerta, colmándome de bendiciones. Un negocio redondo: ¡dinero y bendiciones! — Volvió a reír. Luego, añadió —: Porque quiero que sepas una cosa. Voy a deshacerme de ti. Mañana te conduciré a la ciudad, para venderte.

Cominillo se puso en pie de un salto y se agarró a los barrotes de la jaula, hecho una furia.

— ¡Eso no! ¡Usted dijo que era para quedarme a su lado! — gritó —. ¡Yo no quiero ir a la ciudad! ¡Usted me ha engañado! ¡Socorro! ¡Sáqueme de aquí!

Su enemigo acercó el rostro a Cominillo.

— No te canses inútilmente, porque nadie vendrá a salvarte — dijo. A continuación, puso el dorso de la mano ante el enanito, mostrando una sortija, con un grueso rubí centelleante —: ¿Ves esta piedra? Vale un tesoro, ¿no? Pues tú aún puedes valer más para mí. Como comprenderás, no voy a dejarte escapar así como así.

Cominillo se dejó caer al suelo de la jaula, desalentado. Pensó que aunque el cazador le andaba buscando, jamás llegaría a imaginar dónde se encontraba realmente. La cosa, pues, no tenía remedio. ¡Ah, si él hubiera sabido antes que los pedruscos que los enanitos arrancaban de las minas, para empedrar el piso de sus casas,

tenían tanto valor! Entonces se habría llenado los bolsos de piedras rojas como la del anillo, y habría pagado con ellas a su enemigo, y no hubiera pasado nada de lo que había ocurrido.

Aquél se aproximó a la ventana. Dijo:

— Ahí está el coche que viene a buscarnos. Prepárate, porque salimos ahora mismo de viaje.

Cominillo se encogió de hombros, resignado. ¿Qué podía hacer ya, sino resignarse? Iba a empezar un viaje del que no volvería nunca, y lo único que le consolaba era la idea de que, si se había desprendido de su libertad, y seguramente de su vida, fue por salvar a sus amigos.

Los acontecimientos que siguieron, se desarrollaron a velocidad tan vertiginosa que ni el mismo Cominillo llegó a darse perfecta cuenta de lo que sucedía. Una nube de enanos invadió la habitación, de repente, penetrando en ella por todas partes, la ventana, la puerta, la chimenea. Al reconocer a sus hermanos, Cominillo dio un grito de alegría:

— ¡Sabelotodo! ¡Caracol! ¡Barbalarga!

Unos cuantos enanos treparon a la jaula, que con muchos esfuerzos consiguieron abrir, y Cominillo saltó fuera y se echó en brazos de sus libertadores. ¿Quién iba a pensar que las cosas podrían cambiar en un momento? Pero no había tiempo para cavilaciones. Su enemigo que, durante unos segundos había permanecido paralizado por la sorpresa, volvió a la realidad y empezó a repartir furiosos manotazos a diestro y siniestro sobre los enanitos. Algunos de estos yacían ya sobre la alfombra, fuera de combate, pero los restantes continuaban la lucha. La habitación parecía un avispero. Cinco o seis enanos se habían encaramado a las piernas de su enemigo, y la habían emprendido con él a mordiscos y puntapiés, mientras los otros le atacaban con alfileres. Al fin, el hombre cayó al suelo, y los enanos se lanzaron sobre él en montón, mientras Sabelotodo dirigía el combate, colgado de un botón del chaleco, de aquél.

— ¡Adelante! — gritaba.

El enemigo empezó a desfallecer. Se sentía tan agotado que apenas se defendía ya. Sabelotodo comprendió que había llegado el momento de tocar retirada.

— Se rinde. Dejadlo ya — volvió a gritar, y los enanos se dirigieron a la ventana, llevándose consigo a los heridos, y desapare-

cieron tan rápida y silenciosamente como habían llegado. Nadie les vio entrar en el pueblo ni salir de él. Sabelotodo sabía hacer tan bien las cosas, que la presencia de los enanos en la aldea había pasado completamente desapercibida, lo que, por otra parte, no tenía nada de particular si se consideran las dimensiones de tan diminutos seres.

El regreso hacia el bosque constituyó un espectáculo de los que hacen época. Mientras caminaban, los enanos, que llevaban en medio a Cominillo, abrazaban a éste una y otra vez y le tiraban cariñosamente de la caperuza y de la barba; en fin, que no le dejaban en paz un momento. Por supuesto que, aunque le obligaron a contar con pelos y señales sus aventuras, ninguno, ni siquiera Sabelotodo que era el más formal, tuvo una sola palabra de reproche para el desertor. Estaba otra vez con ellos, y esto era lo único que contaba.

Por su parte, Cominillo quiso saber también cómo se las habían arreglado sus hermanos para encontrarle.

— No ha sido tarea fácil — respondió Sabelotodo, que todo lo sabía.

— La misma noche en que desapareciste, te estuvimos buscando por todas partes — añadió Barbalarga.

— ¡Si vieras cómo llorábamos al no encontrarte! — dijo Caracol.

— Gracias a que, por fin, Sabelotodo descubrió tus huellas — indicó Seiscentímetros.

— Y las fuimos siguiendo.

— Hasta que, al encontrar las del cazador, nos echamos a temblar. ¡Qué pies tan grandes, Dios mío!

— Temimos que hubiera podido aplastarte.

— Así que figúrate la angustia que llevaríamos mientras nos dirigíamos hacia el pueblo, guiados por las huellas del cazador.

— Pero lo más difícil empezó entonces. Había que dar contigo, ¿pero cómo, si era la primera vez que visitábamos un pueblo de los hombres?

— Era como buscar una aguja en un pajar.

— ¡Y vaya tamaño el de las casas! ¿Eh?

— Fuimos visitándolas una por una; cada uno por nuestro lado.

— Procurando que no nos descubriesen.

— Hasta que, al fin, pudimos encontrarte.

— ¡Y bien a tiempo! — concluyó Cominillo, riendo.

El enanito reanudó su antigua existencia, como si nada hubiera pasado. Sus sueños de aventuras habían terminado para siempre.

— Ya estoy escarmentado — solía decir.

Sin embargo, el recuerdo del cazador y su mujer no le había abandonado un solo momento. Cominillo era agradecido y no olvidaba lo mucho que debía al matrimonio. Por eso, un día que regresaba de trabajar en la mina, le dio por pensar en lo tontamente que empleaban los enanos aquellas piedrecitas de colores. No cabía duda que hacía muy bonito entrar en casa, y ver el pavimento cubierto de vidrios amarillos, rojos y azules, brillando y haciendo guiños con la luz, en lugar de enlosarlo con vulgares baldosines encarnados; pero también había que reconocer que para el cazador y su mujer, por ejemplo, aquellas joyas significaban una inmensa fortuna.

— Como que si se las llevase, les haría ricos para toda la vida — se dijo —. Pues, ale, Cominillo, ¡cumple con tu deber!

Aquella noche, cogió un saco de piedras preciosas, se lo echó a la espalda, y emprendió la marcha hacia el pueblo, al que llegó antes de amanecer, puesto que ahora conocía el camino perfectamente. Se apostó detrás de una esquina, esperando a que el cazador saliera con su escopeta, como todos los días, dejando la puerta abierta a sus espaldas. Por fin, le vio aparecer, echar a andar, calle adelante, doblar una esquina y alejarse. Se sentía conmovido. Como que por su gusto se habría lanzado en pos de él, para advertirle de su presencia. No obstante, comprendía que no debía hacerlo, porque si el matrimonio llegaba a descubrir a Cominillo, se negaría a dejarle marchar de nuevo, y el enanito se daba cuenta de que su puesto estaba en el bosque, junto a sus hermanos, y no en el mundo de los hombres.

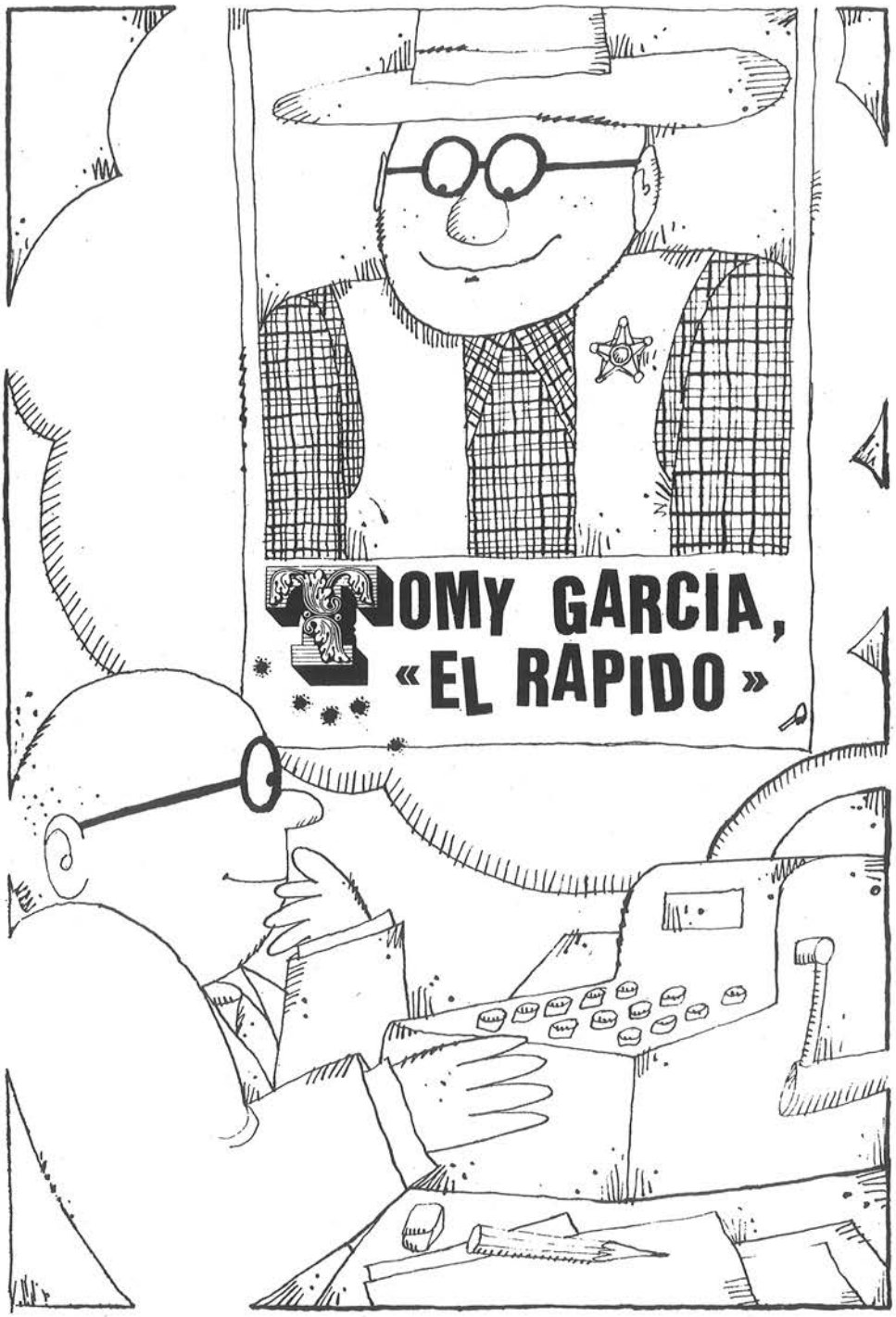
En cuanto salieron los galgos, Cominillo avanzó sigilosamente hacia la casa, penetró en la vivienda y se dirigió hacia el fogón. Todo se encontraba exactamente igual que él lo había dejado días atrás. Incluso la cesta de la plancha seguía en el mismo lugar donde la mujer lo colocaba para que Cominillo se acostase, como si todavía no hubiera perdido la esperanza de que pudiera volver alguna vez. Las lágrimas asomaron a los ojos del enano.

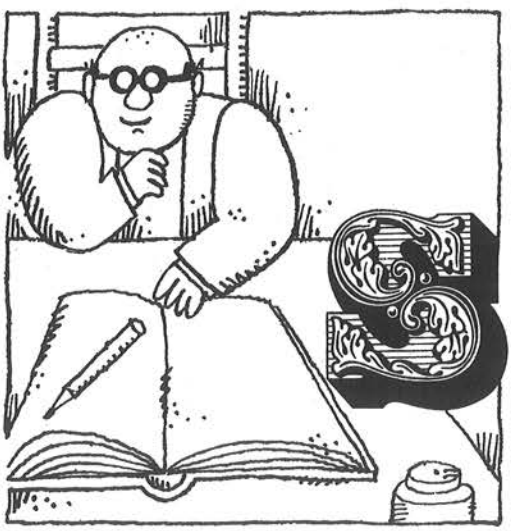
— ¡Pobrecilla! — murmuró.

Pero no tenía tiempo para emocionarse. Había que actuar de prisa, antes de que ella se levantara de la cama.

— ¡Arriba, Cominillo! —se dijo; y, sin soltar el saco, empezó a trepar por el cesto utilizando los mimbres de éste como los barrotes de una escalera. Al llegar a lo alto, hizo un hueco entre la ropa, depositó allí el saco, y lo cubrió con un paño como si fuera el embozo de una sábana. Luego descendió como había subido, salió otra vez a la calle. Le habían entrado unas ganas enormes de ponerse a llorar de nostalgia, aunque al mismo tiempo se sentía feliz, al imaginar la cara de sorpresa que pondría la mujer cuando se encontrase con el bulto, que, por un momento, habría creído que era el del propio Cominillo acostado. ¡Lástima de no haber podido quedarse a darle siquiera un beso!

Y pensando en estas cosas, regresó pinpianito al bosque, de donde no volvió a salir nunca más.


TOMY GARCIA,
«EL RÁPIDO»



SE llamaba Tomás García. Era un hombrecillo de cincuenta años, calvo, pequeñito, gordo, con las piernas arqueadas y bastante miope: vamos, lo menos parecido a un «cow-boy» de Texas o un buscador de oro de California que se pudiera imaginar. Estaba empleado como contable en un almacén de coloniales, en cuyo escritorio se le podía encontrar a cualquier hora del día sentado ante su pupitre, manejando la máquina de sumar, o luchando a brazo partido con los libros de contabilidad; y como, por otro lado, Tomás García, que era soltero, poseía un temperamento bonachón, no bebía, ni fumaba, ni le gustaba alternar con los amigos, o jugar al dominó o a las cartas con ellos, hubiera sido difícil hallar una persona tan sencilla, metódica y ordenada como él. Su único vicio lo constituían el cine y las novelas, siempre, claro está, que se tratase de una

novela o una película del Oeste, que eran las únicas que le interesaban. La mayor parte del sueldo que le quedaba libre después de pagar la pensión, lo empleaba en comprar esa clase de libros, cuyas páginas devoraba con avidez, hasta el punto de que muchos días el amanecer le había sorprendido leyendo. Con estas cosas, nada tiene de particular que se le fueran reblandeciendo los sesos y viniese a ocurrirle lo que a don Quijote con los Libros de Caballerías, es decir, que se le secara el cerebro, se le trastocasen las ideas, y terminara por desvariar. Tanto fue así, que llegó un momento en que no acertaba a distinguir la realidad de la fantasía. Así, por ejemplo, la población donde residía, a pesar de sus avenidas asfaltadas, las casas de cinco pisos, las antenas de televisión y los tranvías, se representaba en su imaginación bajo el aspecto de un pueblo del Oeste como los que aparecen en las películas de americanos, con los edificios de madera y las calles cubiertas de polvo. Porque lo mismo que le sucedía a don Quijote al confundir las ventas con palacios y los molinos de viento con gigantes, Tomás García convertía todo lo que miraba, adaptándolo al ambiente en que transcurrían los relatos de aventuras en que acostumbraba a enfrascarse. Para él, los trolebuses eran diligencias; las cafeterías, «saloons», y las farolas, postes de amarrar las caballerías. Los transeúntes que desfilaban ante sus ojos, él no los veía cómo iban en realidad, vestidos con trajes actuales, sino con la indumentaria propia de los vaqueros. Nada de gabardinas ni corbatas; para Tomás García sólo había camisas a cuadros, zahones de cuero y pañuelos al cuello. En resumen, que su cerebro, alimentado de ese modo por el cine y las novelas que adquiría por docenas en los quioscos, había terminado por trastornársele, aunque, eso sí, igual que le pasaba a don Quijote, en todo lo que no se relacionase con su extraña manía, discurría como una persona normal; al menos, el dueño de la tienda estaba encantado con el trabajo de su contable. Y es que, desde luego, era imposible sospechar que aquel oscuro empleado, de aspecto vulgar, pudiera llevar, en realidad, una doble personalidad, la que ofrecía visto desde fuera, y la que vivía en su interior; dos existencias entre las que había tanta distancia como la que pueda mediar entre un pacífico contable y un temido, valiente y justiciero «sheriff» del Oeste americano. Porque, entre el cine y las continuas lecturas, Tomás García se había ido transformando, poco a poco, ante sus propios ojos, en

un auténtico personaje del «Far-West». Hasta tal punto fue esto así, que un día entró en una tienda de juguetes y se compró un sombrero de vaquero, un «Colt» y una cuerda; a partir de entonces, en cuanto se encerraba por las noches en su cuarto de la pensión, se entretenía en cazar a lazo a las sillas y los boliches de la cama, figurándose que eran bandidos; también se dedicó a aprender a manejar el revólver: para ello, se situaba ante el espejo del armario y empuñaba una y otra vez el arma, encañonando a su propia imagen.

— Tengo que llegar a ser el «gun-man» más veloz de la región — se decía, porque había leído que la rapidez en sacar el arma constituía la única garantía contra los pistoleros, que solían ser muy hábiles con el «Colt».

A fuerza de paciencia, y después de varios meses de ensayo, consiguió, en efecto, lo que se proponía: desenfundar el revólver y disparar con él, con la velocidad del rayo. Incluso el mismo Jesse James, el famoso asesino, quien, según aseguraban los libros, había sido el tirador más rápido del mundo, lo hubiera pensado un poco antes de enfrentarse con él.

— ¡Jesse James! — exclamaba Tomás García con acento burlón.

— Como un día me lo eche a la cara, ya veremos a ver quién le mete a quién una onza de plomo en el cuerpo — decía.

Porque, en su locura, no se había parado a pensar que Jesse James hacía cerca de cien años que había muerto; ni tampoco que el revólver que él había adquirido no estaba cargado con bala, sino sólo con fulminantes, por lo que, en consecuencia, no podía herir a nadie con él.

Una vez que aprendió a echar el lazo y a manejar el arma, pensó que había llegado el momento de llevar a cabo sus propósitos, que consistían, ni más ni menos, que en implantar el orden y la Ley en la ciudad, que él se imaginaba infestada de cuatreros y atracadores, gente sin conciencia, que tenía aterrorizada a la población. Había que acabar de una vez con los asaltos a las diligencias, los robos a los Bancos y los latrocinios de ganado, y esa labor era él, precisamente él, Tomás García, quien se encargaría de realizarla, puesto que a él le sobraba corazón para ello, ya que no tenía miedo a nada ni de nadie.

Pensó que lo primero que había que hacer, sin embargo, antes de ponerse a la tarea, era buscarse un nombre apropiado, porque

no dejaba de reconocer que llamándose Tomás, a secas, era difícil conseguir que le tomasen a uno en serio. De modo que decidió bautizarse a sí mismo de nuevo.

— Desde hoy, me llamaré Tomy — se dijo —; Tomy García, alias el «Rápido».

Una vez que se bautizó de este modo a sí propio, comprendió que lo único que le faltaba ya para llevar a la práctica sus proyectos, era procurarse un caballo; pero en estos tiempos no resultaba tan fácil, como a primera vista parece, comprarse una montura; así que, después de meditarlo mucho, decidió adquirir una Vespa. En realidad, lo que un «sheriff» que se precie necesita es poder trasladarse rápidamente de un lugar a otro; la forma en que esto se verifique es lo de menos. No se olvidó Tomy de bautizar también a la motocicleta con un sobrenombre sonoro, igual que había hecho consigo mismo, porque de sobra sabía él que los bandidos se fijaban tanto en el jinete como en su cabalgadura.

— Se llamará «Relámpago» — dijo.

Ahora sí que estaba en condiciones de emprender su peligrosa tarea. ¡Tomy García, el «Rápido», y su caballo «Relámpago»! Había que reconocer que sonaban la mar de bien aquellos dos nombres, que pronto se convertirían en el terror de los facinerosos. No le costó mucho trabajo a Tomy imaginar la cara que pondría Jesse James cuando alguno de sus compinches le fuera con el soplo:

— Oye, James — dirían a éste —. Te advierto que Tomy, el «Rápido», acaba de llegar al pueblo, y te anda buscando para liquidarte.

Preguntaría Jesse entonces:

— ¿Qué caballo monta?

— «Relámpago».

— ¡Maldición! — respondería el bandolero, palideciendo — ¡Estoy perdido!

— Todavía te queda tiempo para ahuecar el ala y refugiarte en las montañas.

— Demasiado tarde para eso. Si se tratase de otro caballo, todavía; pero, con «Relámpago», me daría alcance enseguida. Ahora, lo único que puedo hacer es prepararme a bien morir, porque donde pone el «sheriff» el ojo, pone la bala.

Y Tomy sonrió para sus adentros, envanecido y satisfecho, ya

que ni por un momento cruzó por su mente la idea de que la escena que acababa de inventar, no hubiera ocurrido realmente.

A partir de aquel día, Tomy se trasladaba a la oficina en su Vespa. Unicamente que, con objeto de imitar a los «cow-boys» del cine, a los que había visto montar de un salto en el caballo mientras el animal avanzaba a galope tendido, antes de subir a la moto ponía a ésta en marcha, colocaba las manos en el manillar y echaba a correr junto a la máquina, hasta que, por último, se encaramaba de un brinco al sillín. Y cuando se acercaba a un surtidor de gasolina para repostar, no pedía, como hace todo el mundo: «Póngame tres litros», sino que decía:

— Echele un buen pienso a «Relámpago».

Lo mismo que si se trataba de arreglar un pinchazo, en cuyas ocasiones advertía al encargado del garaje:

— Aquí le traigo al bicho para que me le cambie una herradura.

Con estas cosas, sus costumbres empezaron a modificarse. Por ejemplo, antes de convertirse en «sheriff», Tomás García no había comprado un cigarro en su vida; ahora, en cambio, siempre llevaba un mazo de puros en el bolso, no para fumárselos, sino para ir masticándolos poco a poco, y poder escupir un negro salivazo de cuando en cuando, ya que eso era lo que había visto que hacían todos los hombres de pelo en pecho del «Far-West», aficionados al tabaco de mascar. También, a pesar de que no le sentaba bien el alcohol, entraba algunas veces en los bares y pedía un whisky.

— Lárgueme un trago, joven — decía —. Tengo mucha sed.

Pero, a continuación, como apuraba el contenido del vaso de golpe como los vaqueros, le entraba un violento ataque de tos, se le saltaban las lágrimas y le faltaba poco para ahogarse.

En fin, que el contable ya no vivía otra realidad que la de sus novelas.

PERO lo peor de todo no fue nada de esto, sino que a Tomy García, el «Rápido», le diera por circular por la ciudad vestido de «sheriff», como él decía, esto es, con el sombrero encasquetado, el revólver al cinto y el lazo colgado del manillar de la motocicleta;

claro que la gente, acostumbrada a las excentricidades de los turistas, apenas reparaba en la extraña apariencia que ofrecía el contable.

Su manía, sin embargo, no dejó de acarrearle algunas preocupaciones. Un día, yendo por la calle, se fijó en un transeúnte que avanzaba por la acera, abriéndose a empellones camino entre la gente, saltaba del bordillo a la calzada y echaba a correr en persecución de un tranvía. Cualquier otro, que no hubiera sido Tomy García, hubiera comprendido que lo que el hombre trataba de hacer era coger el vehículo en marcha, pero Tomy tenía el cerebro fuera de órbita, como suele decirse, y lo que se le ocurrió imaginar fue que lo que aquella persona pretendía era, ni más ni menos, que asaltar lo que él creía una diligencia.

— Esta es la mía — dijo, y, espoleando a su vespa, se lanzó en persecución del bandido, a quien no tardó en dar alcance.

— ¡Alto! — gritó —. ¡Deténgase o disparo!

Y como el otro, en lugar de pararse, consiguió alcanzar el tranvía, subiéndose de un salto al estribo, Tomy, desenfundó el revólver y descargó sus treinta y tantos fulminantes sobre él. Consecuencia: que tuvo que pasarse veinticuatro horas encerrado en los calabozos de la Comisaría por alteración del orden público.

Pero esto no fue, en realidad, más que el principio de una serie de pequeños incidentes, uno de los cuales estuvo a punto de costarle un serio disgusto. Había tomado la costumbre, de darse un paseo por la ciudad, montado como siempre en «Relámpago», porque decía que un «sheriff» que se estime no debe descuidar la vigilancia, sino, por el contrario, intensificarla, recorriendo una y otra vez las calles con cien ojos para poder mantener a raya a cualquier persona que intentase perturbar la tranquilidad de la población. Una de estas correrías le llevó casualmente a coincidir con el desfile, por la principal avenida de la capital, de un pelotón de ciclistas que tomaban parte en una resonante carrera. Verlos, y lanzarse a su encuentro en su Vespa, todo fue uno; porque los «maillots» de colorines de los corredores, tomaron al momento en su mente el aspecto de los pintorescos vestidos de los indios; sus zapatos de goma, se convirtieron en mocasines; las bicicletas, en «mustangs»; y los neumáticos de repuesto, que les cruzaban el pecho, en cananas llenas de municiones para los rifles.

— ¡Indios, indios! — exclamó, mientras se apeaba de un salto de la moto y se parapetaba detrás de un buzón de correos, que había en una esquina —. ¡Formen la caravana en círculo! ¡Las mujeres y los niños en el centro! ¡Los hombres en los carros para rechazar el ataque!

Cuando pasó el primer ciclista, Tomy descargó sobre él su revólver; al segundo y al tercero, les disparó también, pero, al ver que se acercaba el grueso del pelotón, gritó:

— ¡Aquí está Tomy, el «Rápido»!

Y se situó en la mitad de la carretera, revólver en mano, para contenerlos, con el corazón rebosándole de heroísmo.

— Pero, ¿qué hace ese tío? — preguntó uno del público.

— ¡Quítese del medio! — chilló un corredor a su vez.

¡Qué iba a quitarse él, dispuesto como estaba a enfrentarse con todos los pieles rojas de la Unión!

— ¡Un rostro pálido no se rinde jamás! — advirtió.

Unicamente que, como los carreristas avanzaban a cuarenta kilómetros por hora porque estaban cerca del final de la etapa y ya no les daba tiempo a frenar, empezaron a llover corredores sobre Tomy, quien acabó por caer al suelo con una nube de bicicletas y ciclistas encima.

Días después, cuando salió del Hospital con el rostro cubierto de esparadrapo, la cabeza vendada y los huesos molidos, comentaba para sí, con acento de orgullo:

— ¡Desde luego, nadie podrá decir nunca que Tomy García no es un bravo!

PERO por donde él se paseaba con mayor asiduidad era por las inmediaciones del «Banco Comercial». Cierto que aunque el edificio estaba dotado de columnas de mármol y una amplia escalinata, él lo veía como los Bancos que se describían en las novelas o aparecían en el cine, es decir, un caserón con un letrero donde ponía «Bank», en cuyo interior había una ventanilla enrejada, donde un tipo con manguitos, lentes, una visera verde y la pistola al alcance de la mano, se entretenía en contar los dólares de plata que la gente

le entregaba metidos en sacos, siempre bajo el temor de que se presentase, de repente, un atracador, y arramblara con el dinero. Por eso, como Tomy se había constituido a sí mismo en «sheriff» de la población, procuraba en todo momento encontrarse lo más cerca posible del establecimiento, por si las moscas, observando con desconfianza a cuantas personas penetraban en él.

Una de éstas, llegó a despertar en cierta ocasión sus sospechas. Se trataba de un tipo cetrino, que iba sin afeitar y llevaba una cartera en la mano y el sombrero calado hasta los ojos. Al verlo, Tomy se puso en guardia, aparcó a «Relámpago» delante del Banco y echó a andar, escaleras arriba, detrás del sujeto, manteniéndose a cierta distancia de éste, aunque sin perderle de vista. Observó cómo se acercaba a la caja y encendía un cigarrillo, mientras parecía estudiar con el rabillo del ojo a la gente que transitaba a su alrededor, hasta que, por último, se situó en la cola, detrás de la fila de personas que esperaban ante la ventanilla. A Tomy empezó a palpitarle el corazón precipitadamente. Cuando le llegó el turno al sujeto, preguntó el cajero a éste:

— ¿Qué se le ofrece?

Pero el otro, en lugar de responder, introdujo su mano en la cartera. Luego dijo, en voz baja:

— Estoy apuntándolo con una pistola. Entrégueme el dinero. Si hace el menor movimiento, le abraso.

El empleado pareció vacilar, pero al comprobar que el hombre hacía ademán de extraer el arma, repuso, muy nervioso:

— De acuerdo. Pero que conste que hago esto obligado por sus amenazas.

Replicó el otro:

— Vamos, deprisa.

Y el cajero empezó a entregarle el dinero que tenía a su alcance, y que el otro fue guardando en la cartera. Cuando la tuvo llena, dijo:

— Y ahora, a cerrar el pico. Si grita, es hombre muerto.

Tan rápida y sigilosamente había transcurrido la escena, que la gente que llenaba el Banco no llegó a percatarse de lo que estaba sucediendo. La única persona que se dio cuenta de lo que ocurría, fue Tomy. Por eso, cuando el individuo se dirigió hacia la puerta y el cajero reaccionó gritando: «¡Al ladrón!, ¡al ladrón!», ya estaba él cubriendo la salida para cerrarle el paso.

— ¡Alto! — dijo, mientras desenfundaba con la velocidad del rayo su «Colt 45» —. ¡Alto, o le tumbo!

Pero, claro, con un revólver de juguete no se puede detener a un pistolero que acaba de cometer un robo y se halla decidido a jugarse el todo por el todo.

— ¡Aparta, imbécil! — gritó el bandido.

Pero el contable, imaginando que al escuchar su nombre se echaría el otro a temblar, replicó:

— ¿No sabe usted a quién tiene delante? ¡A Tomy, el «Rápido»!

El atracador, sin embargo, no pareció impresionarse por la noticia, ya que apartó de un manotazo a Tomy, franqueó la puerta y echó a correr escaleras abajo. Sólo que, al ver que la gente empezaba a arremolinarse, comprendió que su única salvación estaba en la huida, y, por lo mismo, se dirigió a un grupo de motos que se encontraban estacionadas ante la escalinata, eligió una al azar, montó en ella, la puso en marcha y salió de estampida; pero Tomy García, que le seguía pisándole los talones, subió a su vez en la suya y emprendió la persecución del bandido.

— ¡Vamos, «Relámpago»! — dijo, mientras aguijoneaba a la máquina con unas imaginarias espuelas.

Las dos motocicletas avanzaron a toda velocidad por las calles, haciendo caso omiso de las luces de los semáforos y los silbatos de los guardias.

— ¡Dale, «Relámpago»!

Por fin, la moto del bandido se puso al alcance de la de Tomy. Este, desenrolló entonces el lazo que llevaba colgado del manillar, lo hizo girar varias veces por encima de su cabeza y lo lanzó sobre su enemigo.

Cuando, cinco minutos después, Tomy condujo al atracador a la Comisaría, llevaba éste los brazos amarrados a la espalda, un pañuelo en la boca, varias vueltas de cuerda alrededor del cuerpo, y al contable detrás, apuntándole con el revólver, porque así era como se trataba a los bandoleros en las novelas del Oeste.

— Aquí le traigo este paquete — dijo.

El Comisario le miró sin ocultar su admiración:

— ¿Y ha sido capaz de reducir a este atracador usted solo?

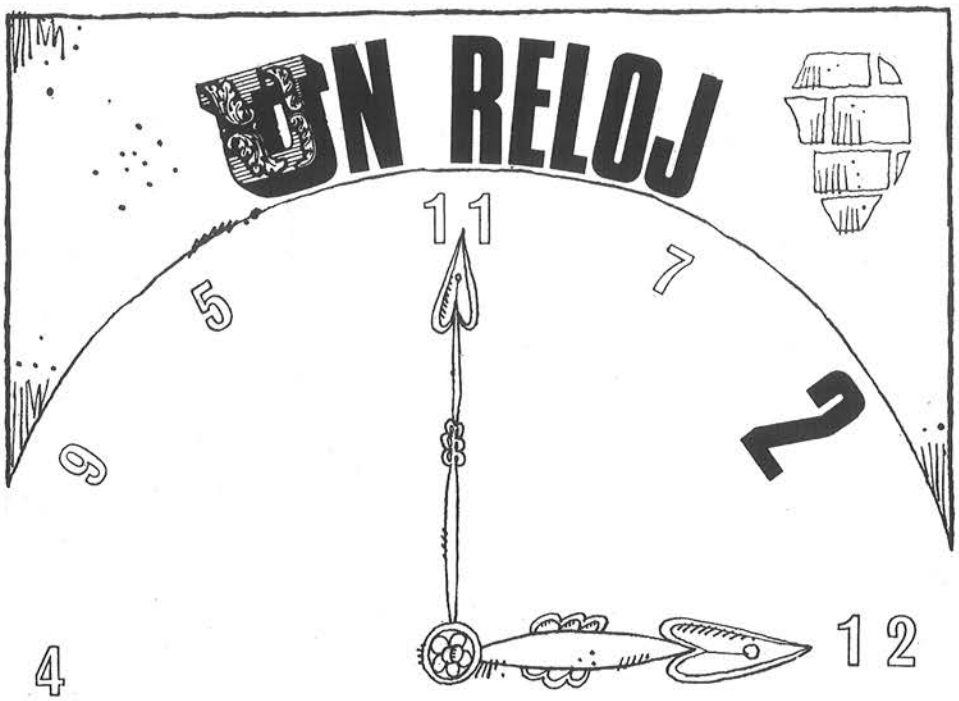
Replicó Tomy:

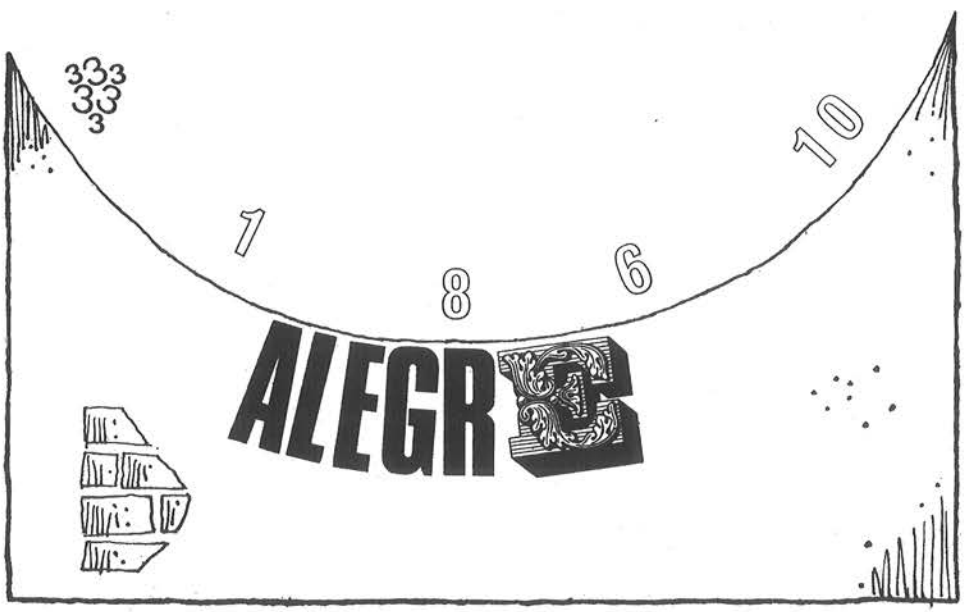
— Naturalmente.

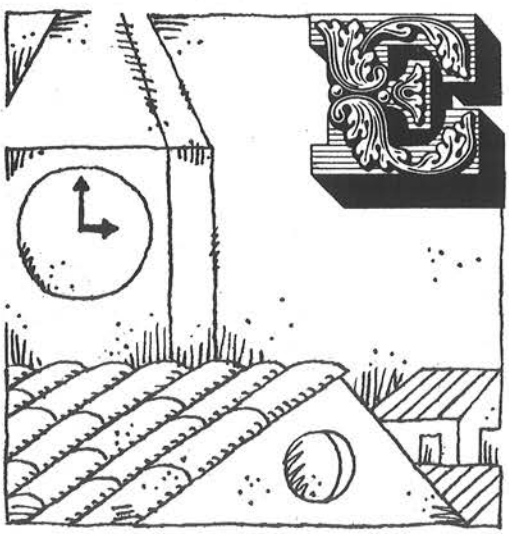
— Pero ¿quién es usted?

— Pues, casi nadie — repuso, pavoneándose —: ¡Tomy, el «Rápido», terror del Oeste!

Y, diciendo esto, volvió orgullosamente la espalda y salió a la calle, donde ya le esperaban los fotógrafos y los periodistas.


UN RELOJ
11
7
5
6
4
12


3
10
1
8
6
ALEGRE



EL Párroco de Pueblobueno estaba orgulloso de sus feligreses.

— No creo que exista otra parroquia en el mundo como esta — decía —. Es como el Paraíso de Dios sobre la Tierra.

En efecto, las costumbres de Pueblobueno resultaban verdaderamente ejemplares, ya que no había nadie que no acudiera puntualmente al trabajo, ni una comadre que cotillease; ni se había dado jamás el caso de un marido que hubiera vapuleado a su mujer o de un hombre que hubiese empinado el codo más de la cuenta. A las ocho de la mañana se echaba la gente a la calle para ir a misa y luego a sus labores, y a las nueve de la noche ya estaba todo el mundo recogido en su casa, ya que en Pueblobueno no se conocían los trasnochadores. En fin, que, como decía el Párroco, la aldea constituía una verdadera bendición.

Pero si el bondadoso cura se encontraba satisfecho de su parroquia, no le ocurría lo mismo al Diablo, que andaba continuamente maginando de qué manera podría él convertir a Pueblobueno en Pueblomalo.

Un día, que se encontraba paseando por la plaza de la iglesia, el lugar del pueblo que menos le gustaba, como es lógico, se dio cuenta, puesto que al Diablo no se le escapa una, como suele decirse, que la gente estaba continuamente pendiente del reloj de la torre, por el que se regía el horario de la población.

— ¿Y si metiéramos el rabo en el asunto a ver qué pasa? — dijo el Diablo.

Y como lo pensó lo hizo, ya que, al día siguiente, el pobre reloj apareció parado.

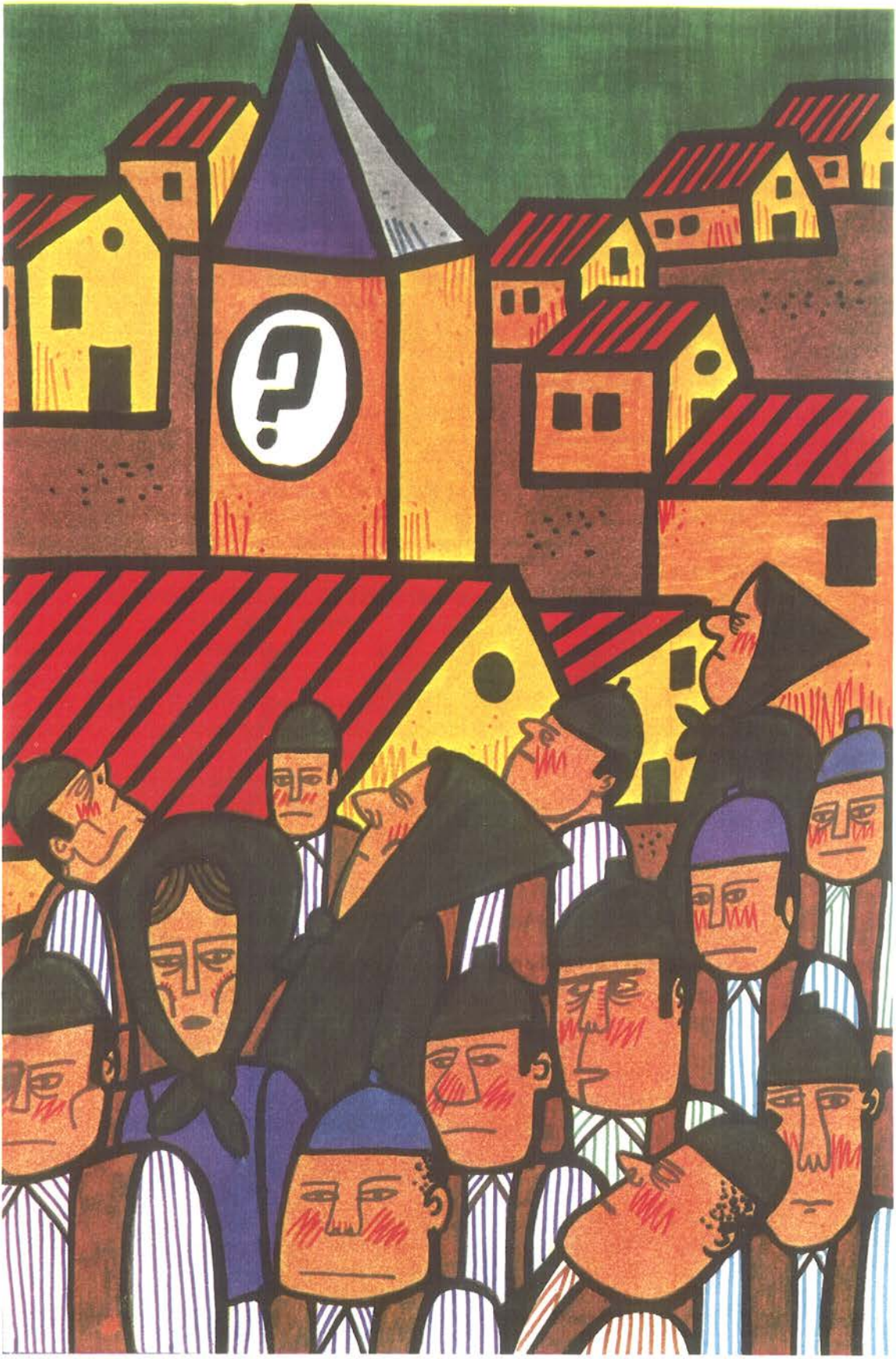
El Párroco se apresuró a llamar al Pirri, un viejo zapatero, que aparte de remendar calzado entendía un poco de relojes.

— ¿Quiere usted mirar a ver qué es lo que le sucede al reloj de la iglesia?

El Pirri contestó que sí.

— Esta misma tarde me pasaré por allí para arreglarlo.

Pero como desde que el reloj se había parado, nadie sabía la hora en que estaba, la taberna, en lugar de cerrar a las siete como todos los días, estuvo abierta hasta las ocho, y al Pirri le dio tiempo para empinar el codo un poco más que de costumbre, cuando el zapatero salió de la cantina, daba ya algún traspiés; sin embargo, como había prometido componer el reloj, en lugar de encaminarse hacia su casa, se dirigió a la iglesia, subió al campanario, la emprendió con la maquinaria y, media hora después, el reloj estaba otra vez en marcha, porque, eso sí, el Pirri como relojero era un verdadero artista. Unicamente que, como se hallaba más alegre de la cuenta, mudó de situación un par de tornillos, sustituyó un muelle, cambió algunas ruedas, en fin, hizo tantas diabluras en la maquinaria, que a partir de aquel momento, las agujas empezaron a moverse sin orden ni concierto, como si también hubieran bebido algún vaso de más como el relojero; de pronto, señalaban las cinco, y al minuto siguiente se ponían a marcar las doce; y a las campanas, les ocurría otro tanto, pues tocaban sin orden ni concierto, y a lo mejor a las nueve de la mañana sonaban sólo dos campanadas, y a las dos de la tarde, nueve.



— Parece como si el reloj estuviera un poco alegre — se decía la gente. Y, en realidad, algo así le pasaba, ya que el Pirri no se encontraba precisamente triste la tarde en que se puso a arreglarlo.

A partir de aquel día, las costumbres empezaron a cambiar en Pueblobueno. Como la gente se guiaba por el reloj, y éste hacía lo que le daba la gana y tocaba las campanadas cuando le parecía, nadie sabía ya a qué atenerse.

— Ya no tardarán mucho en tocar a misa — decía uno en la cama —. Voy a empezar a vestirme.

Al momento, sin embargo, se oían tres sonoros tañidos, cuyas vibraciones se extendían por la población.

— ¡Vaya! ¡Si todavía son las tres! — añadía el mismo —. Pues, nada. ¡A dormir!

Y ponía la cabeza en la almohada, y seguía roncando.

De este modo, Pueblobueno se fue convirtiendo poco a poco en Pueblomalo, como quería el Diablo; porque no sólo la gente no iba a misa y llegaba tarde al trabajo, sino que, como la actividad en el pueblo se prolongaba hasta bien entrada la noche, los hombres se volvían trasnochadores y borrachines, y las comadres murmuradoras y criticonas.

Con estas cosas, el Demonio se sentía encantado, naturalmente, pero el pobre Párroco no salía de su consternación.

Fue éste quien acabó por darse cuenta de lo que ocurría.

— El reloj tiene la culpa de todo — se dijo, e inmediatamente mandó llamar al Pirri.

— Va usted a quitar la maquinaria al reloj, y mañana mismo escribiremos a la capital para que nos envíen otra nueva.

El zapatero hizo lo que se le pedía, quitó la maquinaria, la bajó de la torre, y como no sabía qué hacer con ella, fue, y se la regaló al jefe de la Estación.

Este se puso muy contento, y enseguida ordenó adaptarla a la esfera que había en el andén, ya que hacía años que el reloj de la Estación tenía la máquina estropeada. ¡Menuda calamidad que se originó entonces! Tan pronto mandaba el jefe echar a andar a un mercancías que no tenía prisa alguna, como paraba en seco a un rápido. Hasta que, adivinando lo que sucedía, cogió la famosa maquinaria, que no era mayor que una maleta, la metió en una caja y la deposito en el primer vagón que pasó por allí.

Pero en el vagón viajaba casualmente un Cabo del Ejército, que volvía de permiso para incorporarse a su Regimiento. El hombre iba bastante preocupado, porque llevaba algunos días de retraso.

— No hay quién me libre del calabozo — decía.

De pronto, vio el cajón que había venido a caer a sus pies, como si hubiese llovido del cielo, y se apresuró a abrirlo.

— ¡Una máquina de reloj! — exclamó, muy contento, pensando que si se la regalaba a su Coronel cuando llegase, a lo mejor se ablandaba y le perdonaba su tardanza.

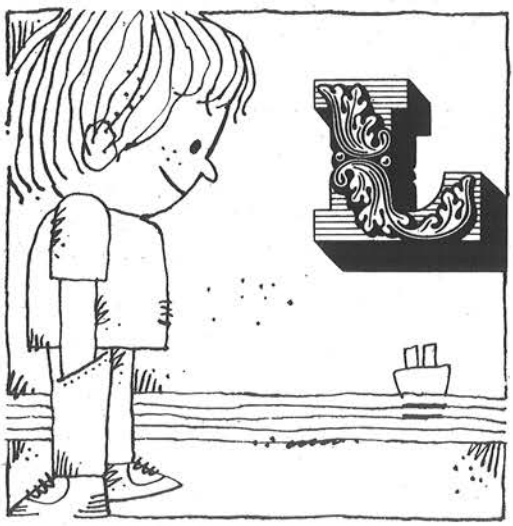
Dicho y hecho, el alegre reloj fue a parar a manos del Coronel, quien dispuso que lo colocasen en la fachada del patio del acuartelamiento, con una esfera que mandó hacer a propósito.

Pero ¡nunca se le hubiera ocurrido semejante cosa! Porque desde aquel día, el cuartel empezó a parecer una casa de locos, ya que el corneta, que se guiaba por las agujas del reloj, tan pronto se ponía a tocar instrucción a media noche, como mandaba a los soldados a dormir en pleno día.

Hasta que el Coronel montó, por fin, en cólera, y mandó coger el reloj y tirarlo al río.

Y allí acabaron sus aventuras para siempre.

Lolo
curioso



LOLO iba de mal en peor de la vista. Hacía por lo menos un año que empezó a sentir los primeros síntomas, aunque, al principio, no les dio importancia, ya que lo único que notaba era un ligero cosquilleo que le obligaba a lagrimear continuamente y a restregarse los párpados con la mano, pero que no afectaba para nada a la agudeza de su mirada; porque, desde luego, Lolo tuvo desde pequeño unos ojos de águila. Por ejemplo, una de sus habilidades consistía en distinguir — sin necesidad de prismáticos, claro —, las banderas y nombres de los barcos que pasaban por el Estrecho de Gibraltar, a más de dos millas de la costa. Al salir de clase, solía dirigirse con un grupo de amigos a un mirador que daba sobre el mar, donde se ponían a «jugar a los barcos».

Proponía uno de los niños, señalando a un navío cualquiera:

— Cinco canicas a que no acertáis a qué país pertenece aquel petrolero.

Y Lolo respondía:

— Apostado.

Y colocaba su mano derecha encima de las cejas, como un viejo lobo de mar, y se dedicaba a observar el buque durante unos instantes. Por último, decía:

— Lleva bandera inglesa, y se llama «Dornay».

Y el muchacho pagaba sin rechistar las cinco bolas de la apuesta, maravillado de que Lolo no fallase nunca.

— ¡Vaya tío! — decía, mientras Lolo se pavoneaba.

— Con esa vista, cuando seas mayor, podrás estudiar para aviador o marino — añadía otro, con un poco de envidia.

— O para astrónomo — aventuraba un tercero.

Por eso, desde que empezó a sentir las primeras molestias y se dio cuenta de que iba perdiendo facultades, procuró ocultar a sus compañeros lo que le ocurría. Así que cuando alguno le instaba:

— ¿Qué? ¿Vienes al mirador esta tarde?

Replicaba él:

— Mira, hoy no tengo ganas. Prefiero ir a patinar un rato.

A sus padres, tampoco les dijo lo que le pasaba. Temía que pudieran obligarle a ponerse gafas, y por nada del mundo se hubiera presentado él delante de la pandilla llevando lentes. ¡Lo que se hubieran reído sus amigos a costa suya! A uno de los muchachos, que los usaba, le habían puesto por mote «el gafudo», y Lolo no se sentía dispuesto a consentir que le ocurriese a él lo propio.

— ¿Lolo un gafudo? ¡Ni hablar!

Su enfermedad, sin embargo, fue agravándose poco a poco; pero lo curioso del caso era que sólo afectaba al ojo derecho, mientras el izquierdo seguía tan campante. Por fin, un día su madre cogió de repente a Lolo por la barbilla, para obligarle a levantar la cara, y dijo:

— ¿Qué tienes en ese ojo?

— Nada, — mintió el niño —. Que se me ha vuelto una pestaña.

— Con que una pestaña, ¿eh? — repuso su madre —. Mañana mismo vamos al oculista.

Y quieras que no, Lolo tuvo que resignarse a ir a casa del médico.

Este le mandó sentarse en una silla, dentro de una habitación a oscuras, encendió una lucecita y la aproximó al ojo enfermo de Lolo.

— Vaya, vaya, vaya — exclamó.

— ¿Qué sucede? — preguntó la madre, alarmada.

— Oh, nada de importancia. — Luego se dirigió a Lolo —. Eres un niño muy curioso, ¿verdad?

Y Lolo se sonrojó, aunque, como la habitación estaba en sombra, nadie llegara a percatarse de ello.

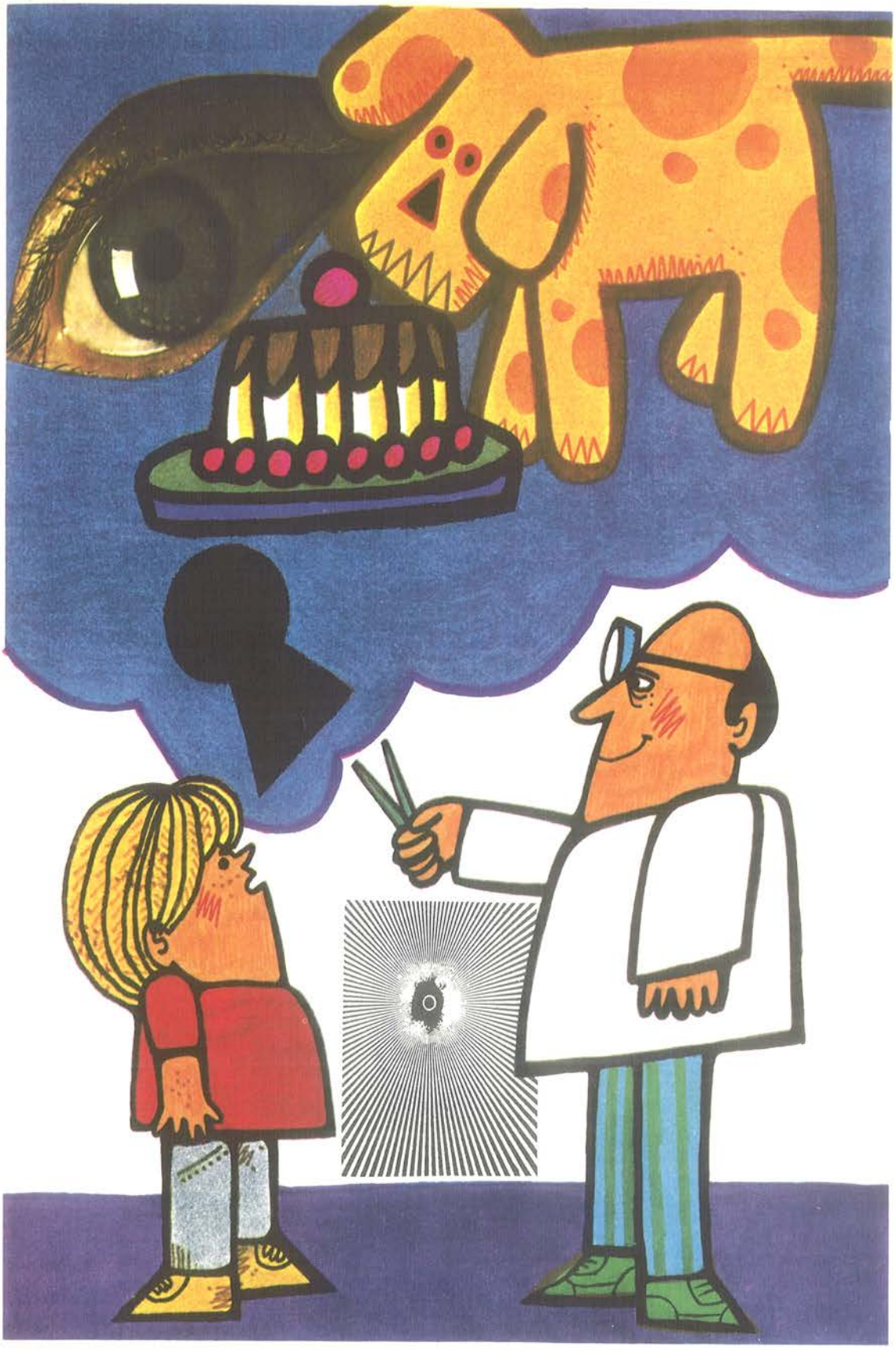
Añadió el doctor:

— Bueno, voy a curarte; pero si me prometes que no vas a volver a curiosear por las rendijas o los ojos de las cerraduras.

— Sí — murmuró Lolo, completamente avergonzado.

Entonces, el médico cogió unas pinzas, las introdujo en la pupila del niño y empezó a sacar del interior del ojo un montón de cosas: primero, una imagen pequeñita del padre y la madre de Lolo, mientras ponían a éste los juguetes en el balcón, la noche de Reyes; después, otra de la cocinera, haciendo a escondidas una tarta para su Santo; más adelante, una de su maestro, sentado ante su pupitre, de la clase, una mañana que Lolo llegó tarde al Colegio y no se atrevió a entrar; y, por último, un trozo de sombra, recortada en forma de bocallave, que Lolo tenía dentro desde el día que se acercó a mirar lo que había en el desván, donde su madre le tenía prohibido entrar.

Cuando salió todo lo que había en el interior del ojo, que era lo que le nublaba la vista, Lolo volvió a encontrarse perfectamente, aunque, desde luego, no se le ocurrió nunca más la idea de mirar por las cerraduras, porque ¡menuda vergüenza le había hecho pasar el demonio del doctor! Y siguió jugando a «los barcos» como antes y ganando canicas a los amigos.



Indice

	Páginas
Quinito, Angel Custodio	11
Revelación.	31
La casa deshabitada	39
Cominillo	49
Tomy García, el «Rápido»	67
Un reloj alegre	79
Lolo curioso	85

«CUENTOS Y MAS CUENTOS», EN SU PRIMERA EDICION, SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LA LITOGRAFIA ARMENGOT, EL DIA 30 DE MAYO DE 1970, FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO. LAUS DEO

la ballena alegre

Formato: 21,5 × 25,5 cm.

0. EL NIÑO, LA GOLONDRINA Y EL GATO, Miguel Buñuel
1. LUISO, Sánchez-Silva y Luis de Diego
2. EL JUGLAR DEL CID, Joaquín Aguirre Bellver
3. ANGEL EN ESPAÑA, Jaime Ferrán
4. ATILA Y SU GENTE, Luis de Diego
5. RASMUS Y EL VAGABUNDO, Astrid Lindgren
6. EL GUIÑOL DE DON JULITO, Carlos Muñiz
7. CUENTOS DEL ANGEL CUSTODIO, Laura Draghi
8. EL JARDIN DE LAS SIETE PUERTAS, Concha Castroviejo
9. DARDO, EL CABALLO DEL BOSQUE, Rafael Morales
10. A LA ESTRELLA POR LA COMETA, Carmen Conde y Antonio Oliver
11. EL BORDON Y LA ESTRELLA, Joaquín Aguirre Bellver
12. MANUEL Y LOS HOMBRES, Miguel Buñuel
13. EL SUEÑO DEL PICONERO, Antonio Cerezo Moreno
14. MARSUF, EL VAGABUNDO DEL ESPACIO, Tomás Salvador
15. LA AVENTURA DEL «SERPIENTE EMPLUMADA», Pierre Gamarra
16. LANDA, «EL VALIN», Carlos María Ydígoras
17. BERTOLIN, UNA, DOS... ¡TRES!, Federico Muelas
18. DE UN PAIS LEJANO, Angela C. Ionescu
19. EL ESPEJO DE NARCISO, Alfonso Martínez-Mena
20. EL ARCO IRIS, María Isabel Molina
21. EL NIÑO Y EL MAR, José María Biurrun
22. LA ISLA DE LAS TORTUGAS, Amado Gracia
23. DETRAS DE LAS NUBES, Angela C. Ionescu
24. MARCELINO, PAN Y VINO, José María Sánchez-Silva
25. UN MUCHACHO SEFARDI, Carmen Pérez Avello
26. LAS RUINAS DE NUMANCIA, María Isabel Molina
27. EL BATALLON DE LA SELVA, Antonio Cerezo Moreno
28. GRINGOLO, Lilli Koenig
29. TOM Y JIM, María Elvira Lacaci
30. TRES ANIMALES SON, José María Sánchez-Silva
31. ANGEL EN COLOMBIA, Jaime Ferrán
32. CUENTOS DE JAVIER, Luis de Diego
33. DESPUES DE LOS MILAGROS, Carmen Saint-Martín
34. EL GRAN DETECTIVE BLOMQUIST, Astrid Lindgren
35. RIKKI-TIKKI, Manuel Maristany
36. EL CARRO DE FUEGO, Raúl Torres
37. BALADA DE UN CASTELLANO, María Isabel Molina
38. CUENTOS PARA UNA EDAD, Julio Trenas
39. MAMBRU NO FUE A LA GUERRA, Carmen Vázquez-Vigo
40. CUENTOS Y MAS CUENTOS, Manuel Alonso Alcalde

ballenato

1. LOS PIRATAS DE «LA TERRIBLE», Concha Castroviejo
2. LA ISLA DEL JADE, Angela C. Ionescu
3. LA FUERZA DE LA GACELA, Carmen Vázquez-Vigo
4. EL ZOPILOTE PRESUMIDO, Concha Castroviejo
5. EL GUSANO AMARILLO DE JUGUETE, Angela C. Ionescu
6. HISTORIA DE UN TOMATE PALIDUCHO, Carmen Vázquez-Vigo

cultura popular juvenil

1. EL AQUELARRITO, Miguel Buñuel
2. SOLDADOS, Celedonio Perellón
3. EL GATO DE LOS OJOS COLOR DE ORO, Marta Osorio
4. JUEGOS AL AIRE LIBRE, Rafael Chaves
5. CUENTOS PERUANOS, Pamela Hughes
6. LA RUTA DEL POLO NORTE, José R. Aroca
7. EL REY BALTASAR, María Elvira Lacaci
8. HERNAN CORTES, Andrés Romero
9. EL TESORO DEL CAPITAN TORNADO, Joaquín Aguirre Bellver
10. NUEVE PLANETAS Y UNA ESTRELLA, F. Valverde Torné
11. LA ALERGIA DEL MOLINERO, Francisco Riego
12. EXPERIMENTOS RECREATIVOS, Manuel Sainz-Pardo
13. CUENTOS MEXICANOS, Bella Mischne
14. HISTORIAS DE MARIPOSAS, Jaime Ferrán
15. JUAN XXIII, Antonio Losada
16. EL AUTOMOVIL, Celedonio Perellón
17. LA VUELTA AL MUNDO DE UNA ANGUILA, María Isabel Molina
18. MARAVILLAS DE PAPEL, Ana María Rubio
19. CUENTOS URUGUAYOS, Violeta Scarrone de Samacoitz
20. JUGANDO CON LOS TITERES, Manuel Sainz-Pardo
21. EL LAPIZ MAGICO, Víctor Aúz
22. VOLAR, Diego Gamer Walinout
23. MIRZA, Carmen Isabel Santamaría del Rey
24. TRAJES REGIONALES, Celedonio Perellón

25. DICK MILETO, Tomás Salvador
26. ASTRONAUTAS, M. Calvo Hernando
27. QUIQUIRIQUI, Carmen Vázquez-Vigo
28. LA BRUJA CIGÜEÑA, Angeles Gasset
29. LAS TRES PIEDRAS, Juan Muñoz Martín
30. CUENTOS ESPAÑOLES, María Dolores Pérez Lucas
31. CUENTOS ARGENTINOS, Syria Poletti
32. PIELES ROJAS, Celedonio Perellón

la obra bien hecha

1. MODELISMO NAVAL, Julio O. Guillén
2. EL ARTE DE LA COMETA, Fernando de la Torre
3. EL ARTE DE LA HISTORIETA, Juan Antonio de Laiglesia
4. MAQUETISMO ESPACIAL, José R. Aroca
5. AEROMODELISMO (VELA), V. Martín Mendicute y M. Guisado Muñoz
6. FILATELIA, Manuel de Mora
7. BARCOS EN BOTELLA, Julio O. Guillén
8. EXPERIMENTOS ELECTRICOS, Luis Rodríguez
9. AVIONES, 25 MODELOS, José R. Aroca
10. AFICIONES PARA EL OCIO, Manuel Sáinz-Pardo
11. COMO SE HACE UN BELEN, Manuel de Mora

historia y antologías

HISTORIA DE LA LITERATURA INFANTIL ESPAÑOLA, Carmen Bravo-Villasante
ANTOLOGIA DE LA LITERATURA INFANTIL EN LENGUA ESPAÑOLA, (2 tomos), Carmen Bravo-Villasante
HISTORIA Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA INFANTIL IBEROAMERICANA, (2 tomos), Carmen Bravo-Villasante

lo español y los españoles

1. ANGEL GANIVET, Luis González Seara
2. RAMIRO DE MAEZTU, Francisco González Navarro
3. JUAN MARAGALL, Jaime Ferrán
4. JOSE ANTONIO, Adriano Gómez Molina
5. MIGUEL DE UNAMUNO, Luis González Seara
6. PEREZ GALDOS, Amando de Miguel
7. ORTEGA Y GASSET, José Rodríguez Martínez
8. EUGENIO D'ORS, Jaime Ferrán
9. JOAQUIN COSTA, José Rodríguez Sánchez
10. LA PICARESCA, Jesús Cañedo
11. F. DE QUEVEDO, Mariano Cuesta Polo
12. ESPAÑA VISTA POR LOS EXTRANJEROS, José María López-Cepero
13. VALLE INCLAN, Rafael Conte
14. BENAVENTE, Juan Emilio Aragonés
15. ARNICHES, Juan Emilio Aragonés
16. ESPAÑA EN SU POESIA ACTUAL, Juan Van Halen

nueva juventud

LA PRENSA INFANTIL EN ESPAÑA, Jesús María Vázquez, O. P.
EUROPA PARA LA JUVENTUD, Ignacio M.ª Sanuy
LA JUVENTUD ANTE LOS PROBLEMAS SOCIALES, Luis Buceta
EVOLUCION EMOTIVA, José M.ª Valero García H. M.
JOSE ANTONIO, TESTIMONIO, Adriano Gómez Molina
DELINCUENCIA JUVENIL EN ESPAÑA, Alfonso Serrano Gómez
LA JUVENTUD UNIVERSITARIA FEMENINA EN ESPAÑA, M.ª Angeles Durán

manuales de la o. j. e.

JUDO, José Olivares
ATLETISMO, G. B. Mova
MONTAÑISMO, Félix Méndez
BALONCESTO, Antonio Piñero
GIMNASIA DEPORTIVA, Janel Cuesta
PREPARACAIDISMO, M. Guisado Muñoz
BALANDRISMO, Eloy M. Pastoriza
PRENSA JUVENIL, Andrés Romero Rubio
BALONMANO, Francisco Homar Llinás
VUELO SIN MOTOR, M. Guisado Muñoz
SOCORRISMO, Estanislao Rolandi
VOLEIBOL, Manuel Hernández
ESPELEOLOGIA, Jerónimo Sáiz
ESQUI, Angel Sanz
TENIS, Adán Oviedo
TITERES Y MARIONETAS, Manuel Sáinz-Pardo
CINE, Angel Casado
REMO, Eloy M. Pastoriza

hazañas y viajes

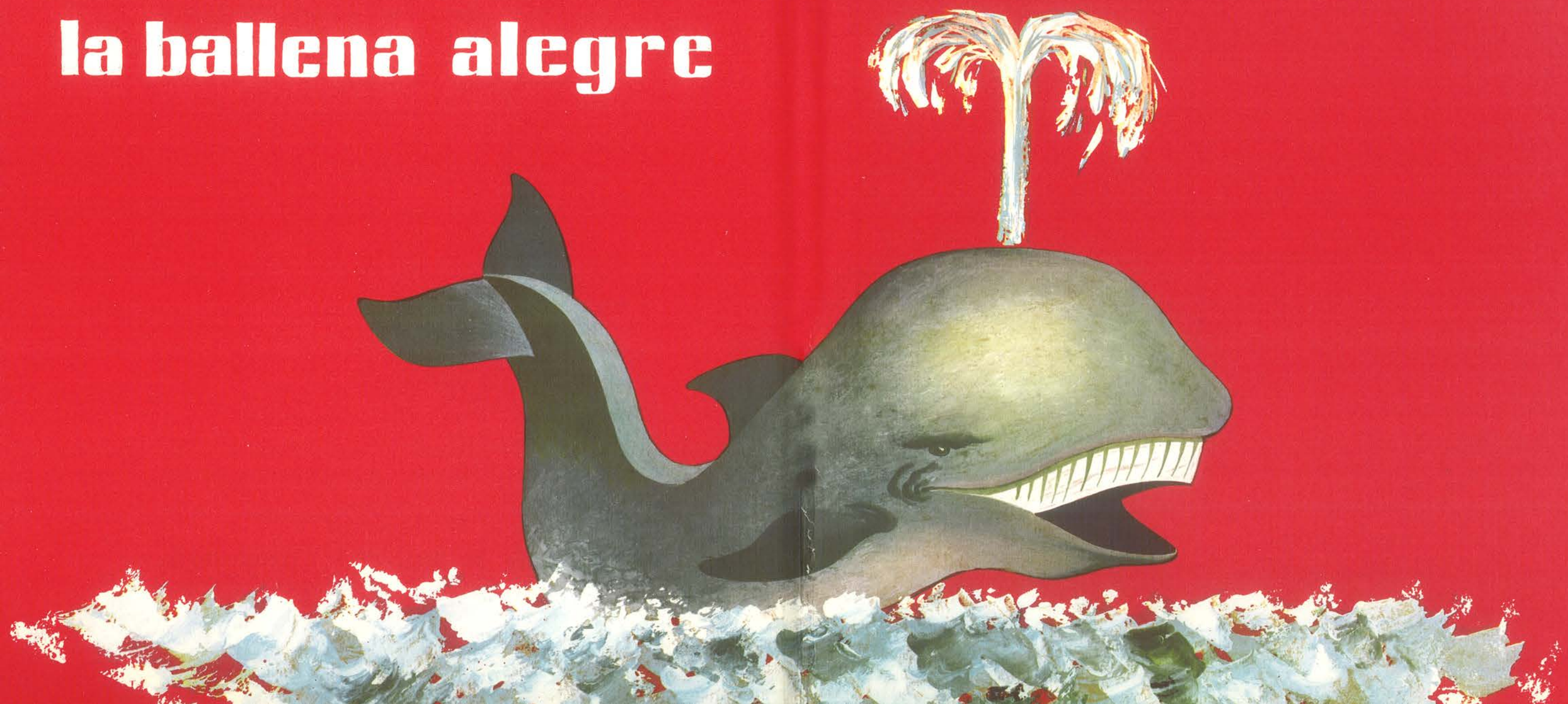
LOS ANDES, 400 AÑOS DESPUES, Félix Méndez
EN 79 DIAS, VUELTA AL MUNDO EN VESPA, Santiago Guillén y Antonio Veciana

otros libros

ESPAÑA CLARA, Azorín
MUSICA PARA NIÑOS, José Peris
VIDA DEL JOVEN ANDERSEN, Mariano Tudela
AIRE LIBRE, Delegación Nacional de Juventudes
CANCIONERO DE JUVENTUDES, José de Arriaca
VIDA JUVENIL, Luis Boix
VAMOS A JESUS

Editorial DONCEL. Pérez Ayuso, 20. Madrid-2 (España)

la ballena alegre

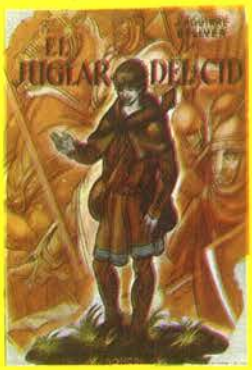


la ballena alegre

(Premio LAZARILLO 1961)

0 Premio LAZARILLO 1959

1 Premio V. DEL CARMEN 1960



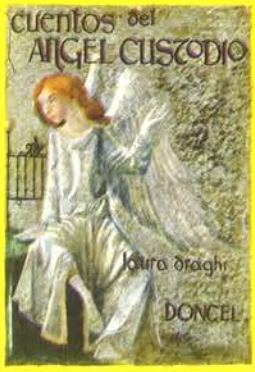
2 Premio LAZARILLO 1961

3

4

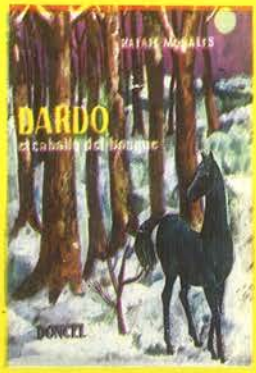
5 Premio Internacional ANDERSEN

6



7 Premio Italiano LAURO D'ORO

8 Premio DONCEL 1961 (Cuentos)



9 Premio DONCEL 1961 (Novela)

10 Premio DONCEL 1961 (Teatro)

11

12